

1900

LAS MISIONES CATÓLICAS

MARZO
1900

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año VIII.—Jueves, 15 Febrero 1900.—N.º 158

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦



NUEVA POMERANIA (*Oceanía*).—LA DANZA *Dukduk* ó DE LOS HOMBRES INDÍGENAS EN BAHÍA BLANCA

Reproducción de fotografía (Pág. 34)



Texto.—RESUMEN DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1899.—CORRESPONDENCIA: Se Swei T'ien (China).—China.—UN COLEGIO DE «PROPAGANDA FIDE» EN ESPAÑA.—VIAJE Á TRAVÉS DE NUEVA POMERANIA, por el R. P. J. V., de la Compañía del Sagrado Corazón de Issudud.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES: Marandague-Cuá.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

Grabados.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): La danza Dukduk ó de los hombres indígenas en Bahía Blanca.—JERARQUÍA CATÓLICA COPTA.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): Jefe del interior de la península Gazela; Indígena de la península Gazela.—YESO (*Japón*): Sacrificio del oso (dos grabados).—FIESTA AINA.—YESO (*Japón*): Tipos ainos.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): Joven indígena de la Bahía Blanca.—TIPOS AINOS.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

RESUMEN

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1899

I

Si en las naciones europeas donde en pasadas edades rugió furiosa la persecución la Iglesia ha contado numerosas conversiones; si en Inglaterra, Alemania, Holanda, Suiza, en todas partes donde el Catolicismo vivió durante largos años desprovisto de la libertad necesaria para crecer, hoy los prejuicios se desvanecen, mueren y el mundo oficial protege á los proscritos de ayer, vemos en cambio con profunda pena y con dolor debemos consignar que otros pueblos, otras naciones cuyos primeros Obispos los forman con igual amor, con igual solícito cuidado que la abeja forma la colmena, distan mucho de conceder á la Iglesia igual libertad. ¡Y muestran su ingratitud cuando Su Santidad León XIII acaba de testificarles el paternal amor que les profesa!... Mas, en alta voz lo proclamamos, numerosos fieles de inquebrantable constancia, heroicos sacrificios en las santas tareas apostólicas, han consolado en las aludidas naciones el afligido corazón de nuestra Madre la Iglesia católica, y, pocos días hace, cuando el Ilmo. Lorenzelli, nuncio en París, presentó sus credenciales al Presidente de la República Francesa y habló «de la adhesión inquebrantable de la nación francesa al Catolicismo, del heroísmo de sus misioneros, á los que es deudora de prerrogativas, de ventajas cuya importancia el tiempo cuida de mostrar;» «Las prerrogativas á que aludís, contestó el Presidente, son como la consagración de los servicios hechos por Francia á los intereses religiosos del mundo todo.» Las palabras del Jefe del Estado muestran en apariencia afecto á la Religión católica, afecto que planes inicuos de injustas expulsiones hacen temer sea encubierto odio contra las Ordenes santas que llenan la tierra de heroicos misioneros, que vuelan alegres á las playas todas á morir por Dios y por la patria, y saben formar las almas generosas que cuidan de cubrir el presupuesto del

apóstol, que dan en nombre de Dios un puñado de oro á aquel que por Dios sacrifica los años de la juventud, sufre durante los de la vejez, y vierte si es menester hasta la última gota de su sangre.

Un hecho debemos consignar que abre al Catolicismo hermosos y vastos horizontes: aludimos á la construcción autorizada por *ukase* del Czar de un templo católico en San Petersburgo. Las relaciones oficiales entre la Santa Sede y el imperio ruso son las más amistosas, y el Emperador se complace manifestando al Papa la mayor deferencia.

II

Las Iglesias de Oriente continúan siendo el objeto predilecto de León XIII. La unión á la Sede Romana de éstas, por su antigüedad, venerables Comunidades, es, humanamente hablando obra de siglos; pero el Señor se complació ofreciendo gratisísimo consuelo á su Representante en la tierra, y el Ilmo. Altmayer participa que 50,000 nestorianos entraron durante el pasado año en la vieja barca. Largo es el trabajo, pero visibles los progresos. Gracias á todas las Congregaciones de hombres y mujeres que en aquella tierra sagrada son los auxiliares de Patriarcas y Obispos; gracias á los Seminarios que forman el clero nacional piadoso y docto, los prejuicios que la política y siglos de error y espiritual entumecimiento grabaron en el ánimo del pueblo van desvaneciéndose, y un día más ó menos próximo saludaremos henchidos de gozo la total reconciliación del Occidente y el Oriente, del Papa y los Patriarcas.

Saludemos con piadoso recuerdo á los ilustres jefes de los armenios católicos y de los maronitas que el último año se durmieron en la paz del Señor, y tienen por sucesores piadosos Prelados, defensores firmes de la unidad.

—

En el imperio chino la diplomacia del embajador francés Mr. Pichón, y la influencia que sobre el Emperador y la Emperatriz ha logrado ejercer el vicario apostólico de Pekín, Ilmo. Favier, obtuvieron un edicto imperial que concede á los católicos completa protección, y honra á los Obispos y misioneros, reconociéndoles dignidad que les permite tratar oficialmente con las Autoridades civiles. Ciertamente es que otras veces se publicaron documentos semejantes al que aludimos, pero nunca en forma tan solemne ni tan concreta.

Inmensa es la extensión del Imperio y pocas las comunicaciones entre las provincias y la capital, y ello será quizás durante largo tiempo insuperable obstáculo para la consecución de la paz; y posible es lloremos otras veces muertes como la del P. Chanes en Kuang-tong y la del P. Victorino en Hou-pe, pero á tales sucesos, debidos casi en absoluto á la malavolencia de los mandarines y á la complicidad de empleados subalternos con los bandidos que asolan el país, sigue ejemplar castigo: esperamos, pues, que andando el tiempo el temor al castigo y el conocimiento más perfecto del papel del misionero y de la doctrina que enseña darán fuerza de ley á los edictos nuevos. ¿Cómo puede suceder lo contrario cuando la sangre de tantos Mártires

pide clemencia para la China y cuando muchos de ellos van á recibir los honores de la beatificación?

Si no han sufrido las Misiones de la India sangrientas persecuciones, no por ello dejó el Señor de probarlas con aflicciones graves. El hambre seguida de la peste y del cólera corrió con terrible saña casi todas las provincias, y á los gritos de dolor de los heroicos misioneros contestaron los miembros de la *Obra de la Propagación de la Fe*, los lectores de las *Misiones Católicas* de toda nación, con numerosas limosnas. Si no bastaran para atender á tanta necesidad servirían para aliviarlas y atraer sobre la Iglesia las bendiciones, la gratitud, las crecientes simpatías de que con frecuencia consoladora recibimos evidentes pruebas.

III

En Africa nos limitaremos á enumerar rápidamente los hechos más importantes de cuantos dicen relación con el apostolado. La Iglesia copta católica, que hace diez años tenía un solo Obispo, hoy como en antiguos tiempos ocupa lugar importante entre las iglesias orientales unidas á Roma: tiene doctos sacerdotes, Obispos jóvenes, inteligentes, activos, y Su Santidad la ha dotado con la plenitud de la jerarquía, concediéndole un patriarcado. Su Beatitud el Ilmo. Cirilo II fué solemnemente entronizado en el Cairo el 21 de Julio de 1899. (*Véase el grabado de la pág. 29*).

Algunos meses antes tuvo lugar en Cartago una fiesta no menos grande, pero de muy distinto carácter: aludo á la inauguración del monumento levantado en honor del cardenal Lavignerie: dijo el panegírico del ilustre Primado del Africa su eminencia el cardenal Perraud, obispo de Autun.

La Misión de Madagascar ha recibido su tercer Obispo. El Ilmo. Corbet, de la Congregación del Espíritu Santo, tomó posesión de la parte Norte de la grande isla, y fijó su residencia en Majunga.

Mientras en Madagascar aumentaban los apostólicos obreros, repetidas insurrecciones asolaban la cuenca del Níger, destruyendo la estación de Allo y corriendo gravísimo peligro la de Issela, salvada gracias al heroísmo del P. Rousselet, á cuyo valor los ingleses rindieron tributo de admiración. La Sociedad de Misiones Africanas de Lyon, de la cual es miembro el valiente misionero, sufrió también dolorosa prueba en la Costa del Marfil, donde perdió no pocos misioneros y muchas Religiosas arrebatados por la fiebre amarilla: mencionaremos entre éstos el prefecto apostólico de la nueva y floreciente Misión, R. P. Ray. Poco tiempo después fallecía en Carcassonna, ciudad donde al dirigirse á Francia por asuntos de la Misión le retuvo la enfermedad, el respetable anciano Ilmo. Torino Cahagne, compañero y heredero del glorioso apóstol de los gallas, el cardenal Massaja, el más célebre Religioso de cuantos en este siglo honraron la Orden Capuchina.

Para llenar los vacíos que anualmente causa la muerte en la apostólica falange, esfuérzense los misioneros reclutando auxiliares y hermanos en los pueblos que evangelizan. La mayor parte de las Misiones africanas

cuentan con sacerdotes indígenas, y recientemente fué ordenado en Roma el primer sacerdote zulú.

Africa, que sigue avanzando por el glorioso camino de la fe católica y la verdadera civilización, es, especialmente durante los últimos tiempos del siglo que muere, la gran conquista de los misioneros católicos, generosos médicos de pueblos enfermos: á todos podemos aplicar en sentido relativo las palabras dichas por un orador insigne hablando del que los personificaba: «Lavignerie de Alger se mostrará á los pueblos que vendrán estrechando contra su pecho y envolviendo con su manto de púrpura á las hambrientas kabilas del Atlas y los negros esclavos del Tombuctu (1).»

IV

La Iglesia de los Estados Unidos, primogénita de la Obra de la Propagación de la Fe, pues para ella fueron las primeras limosnas recogidas, sigue demostrando que el apostolado católico no necesita privilegios, sólo exige del Gobierno de los pueblos completa libertad. Su hospitalaria tierra cúbrese de blanco manto de soberbias catedrales, y su valiente Episcopado gobierna diócesis cuyo número se multiplica todos los años. Gracias á la ilustre Compañía de San Sulpicio, que nos proporcionó delegados que popularizaran la causa de nuestra Obra, esperamos que la república norte americana ocupará en las listas de limosnas un lugar digno de sus riquezas inmensas y de su fe en Cristo.

Al igual que todos los años enviamos gustosos al Norte entusiasta saludo de admiración á las religiosas Congregaciones que entre hielos eternos, las casi insuperables dificultades que se oponen á las correrías evangélicas, y no pocas veces la esterilidad de tan múltiples trabajos siguen impávidas luchando por la salvación de las almas.

A pesar de que la América latina y la América del Sud no forman parte de las tierras á nosotros asignadas, y de que Patagonia y Tierra del Fuego son las únicas Misiones que sostenemos constantemente; deber ineludible es para nosotros dejar consignada la generosidad sin límites con que todas estas repúblicas contestaron á la petición de los delegados que, con el beneplácito de Su Santidad, envió la Obra. El Ilmo. Terrien, cuyo inteligente celo é inquebrantable constancia no acertamos á ponderar, encontró en todas partes entusiasta acogida.

Los Padres Blancos, puestos á nuestra disposición por su benemérito superior el Ilmo. Livinhac, siguieron el hermoso camino preparado por el Ilmo. Terrien, y completaron la organización de la Obra de la Propagación de la Fe. Otros delegados escogidos entre Congregaciones de misioneros, se unirán á los citados, y juntos todos darán á conocer á las creyentes multitudes las obras y las necesidades del apostolado.

No es justo, no es razonable que la Obra de la Propagación de la Fe sea patrimonio casi exclusivo de la vieja Europa: los hombres todos son llamados á anun-

(1) Ilmo. Touchet, obispo de Orleans.

ciar la Buena Nueva ó por sí mismos ó mediante generosas limosnas. ¿No es deber ineludible reunir las fuerzas todas cuando el alud protestante cae con nuevo empuje sobre pueblos ó naciones donde nunca fijara sus plantas, pretendiendo conquistarlas con el brillo tentador de sus millones inagotables; cuando á vista de esfuerzos tales y de los heroicos sacrificios de nuestros misioneros, permanece estacionaria, invariable, la cifra total de los anuales recursos?...

V

Pocos son los acontecimientos dignos de ser consignados en Australia é islas oceánicas: la situación de las Misiones es satisfactoria. Los Padres Maristas se posesionaron de las islas Salomón, y el Ilmo. Vidal ha demostrado una vez más que la plegaria de los Mártires prepara la evangelización de estos pueblos, caníbales ayer.

Los Padres del Sagrado Corazón de Issudun en las islas Marshall y Nueva Pomerania han visto recompensados sus trabajos, superando el éxito sus lisonjeras esperanzas.

El rápido bosquejo que acabamos de trazar evidencia que venciendo persecuciones y obstáculos la palabra de Dios sigue avanzando: corre, dice San Pablo, cruza los mares y victoriosa resuena entre pueblos de costumbres, lengua y creencias diversas. Gracias especialmente al apostolado ha sido grande el siglo que muere, y aquel cuya aurora saludamos será, así la esperamos, más grande, más feliz. Le saluda al nacer ejército compacto de apostólicos obreros, alentado por los Romanos Pontífices, por los Prelados todos del mundo cristiano, y querido de los hombres imparciales amantes del verdadero progreso. Nuestros apóstoles no piden á los poderes de la tierra otro derecho que el de sacrificarse, trabajar, padecer y morir. Los hijos del pueblo, las humildes mujeres que consagran á tribus desconocidas ó sanguinarias juventud, energías, vida, reclaman una sola libertad, la de poder amar á Dios y hacer amar á su patria: santos amores que guardan al fondo más íntimo de su corazón.

¿Qué hará de tantos recursos el siglo XX?... ¿Será el porvenir más feliz, menos negro el cielo, más estable la paz entre los pueblos, completa la reconciliación entre los hijos de la misma patria?... ¡Nosotros, pobres mortales, lo ignoramos, pero lo sabéis Vos, Señor, Rey de los siglos y Padre de los pueblos! En Vos confiamos, y Vos guiaréis el porvenir de nuestra Obra y el de las Misiones del mundo entero. Por Vos sostenidos trabajamos, creemos y esperamos.



SE SUEI T' IEN (China)

(Conclusión)

AL Wang le causaron también heridas muy graves en los dos brazos y en la cabeza, pero al Sien Sen hasta en las piernas le hirieron con verdadera rabia.

A la mañana siguiente empezaron la obra de destrucción de la Residencia nuestra con mucho *fervor*, aunque creo que no con tanta alegría como pensaban, pues habían dado de baja al capitán de la cuadrilla, que, habiendo uno de sus compañeros prendido fuego á los miles de cohetes, ó *reventadores* de todas clases, que el Wang tenía preparados para el año nuevo chino, al sentir tan horroroso estruendo, creyó que los cristianos les habían armado alguna estratagema, ó que venía un ejército contra ellos, y sin detenerse más se arrojó por la ventana al río, rompiéndose una pierna.

No habían de tener fortuna en todo. (En carta del 6 de Julio advirtió el P. Lorenzo al que esto copia que el que se arrojó al río y se quebró la pierna no fué el capitán, sino un su sobrino). Aquel día lo emplearon todo en deshacer el pavimento de la casa, arrojar los muebles todos á la orilla del río para quemarlos allí, arrancar las puertas y ventanas (ni las rejas de hierro quedaron, y hacer otras muchas cosas; en fin, aprovecharon bastante bien el tiempo. Por la tarde tuvieron noticia de la ida de los soldados que subían de Se Men, y por eso se vieron obligados á suspender la obra, y á emprender la marcha un poco precipitadamente, llevándose como trofeos á los cuatro cristianos cautivos. Al emprender éstos su calvario, hubo en Tse Leang P'in cuatro hombres que se compadecieron de ellos y trataron de redimirlos. Uno de estos compasivos fué Te Ki, el comerciante; otro un boticario de apellido, me parece, Tchan; otro un carnicero, cuyo nombre y apellido ignoro; y del cuarto ninguna seña puedo dar. Dios les premie aquellos generosos sentimientos como yo deseo, y como El sabe hacerlo. Amén.

El dicho boticario, ya que no pudo conseguir su libertad, les dió algunas medicinas. Los demás habitantes de aquel *pacífico* pueblo, según me han dicho, no dieron señal ninguna de compasión, y no faltaron en cambio quienes se mofasen de ellos y manifestasen complacencia en verlos padecer. A éstos Dios les perdone y los ilumine.

Volvamos á Se Sui T'ien, en donde, aunque relativamente estábamos en paz, pero no del todo tranquilos; pues algunos días antes de que ocurriesen los sucesos de Tse Leang Fin, llegaron noticias fidedignas (aunque dudo que en cuanto al número lo fuesen) de que habían llegado á Tsin Sui Wan algunos revoltosos, y que se habían apoderado de las casas de los cristia-

nos. Al principio decían que eran unos sesenta, y algunos días después los hicieron llegar á doscientos.

Difícil se me hace creer que habiéndose reunido grupo tan numeroso no se atreviesen á acometernos estando tan cerca. Sin embargo, los cristianos lo explican diciendo que como fueron invitados para destruir antes la Residencia de Tse Leang P'in, suspendieron su venida á ésta, hasta ver el resultado de lo de Tse Leang P'in, aunque la destrucción de esta iglesia y cristianidad era su objeto principal. Con todo eso teniendo nosotros el enemigo tan cerca, estábamos con no poco cuidado. Yo hasta entonces estaba determinado á no abandonar la casa, hasta que llegasen los revoltosos, pues tenía por cierto que, si yo salía, sin necesidad de que los revoltosos viniesen, nuestros vecinos paganos harían lo mismo que los de Tse Leang P'in, pero para que no me cogiesen de improviso, velaba casi toda la noche, y de día tampoco me descuidaba, á fin de que á la primera señal de ataque pudiese huir con solo el altar portátil á los montes detrás de casa, con el objeto de poder subir entre dos luces á los montes de Pi Kia Ya para consolar á los cristianos, y esperar allí los acontecimientos, si antes no permitía el Señor que me devorasen las fieras (1).

Para evitar que si llegaba el caso, que ya lo dábamos por hecho, no profanasen las cosas santas y objetos religiosos, todo lo de esta clase que me había sido posible lo había enterrado, ayudado únicamente del viejo Wen K'ao, pues no quería más testigos, y aun para esconder algunas de estas cosas ni siquiera él me vió. Enterré también todas las demás cosas de algún valor, que me fué posible; y para que pudiesen hallarlas después, si (como era muy probable) yo no lo pudiera contar, hice dos relaciones en castellano de las cosas y de los lugares en donde estaban, y las entregué á dos de los cristianos que, á mi juicio, más fácilmente podrían huir.

Teniéndolo así dispuesto todo, me vi precisado á cambiar del plan, pues llegaban rumores de que de un momento á otro acometerían los revoltosos de Ts'ing Swei Wan á los cristianos de los montes, antes de venir á destruir la iglesia: cuando estos rumores llegaban, vinieron cuatro hombres de Tse Leang P'in con carta del P. Pablo en que me daban cuenta de la destrucción de aquella Residencia y del cautiverio de los cuatro cristianos: me rogaban también el P. Pablo y el mandarín militar Siao que inmediatamente me pusiera en camino para aquel lugar, pues aquí peligraba mi vida: también me decían en la carta, que el camino de Se Swei Tien á Tose Leang P'in debía estar ocupado por los revoltosos: por esta causa venían sólo para darme esta noticia cuatro hombres. Con tanta urgencia los enviaron que con haber caído una nevada regular, anduvieron de noche tan horroroso camino, si es que camino se puede llamar.

Considerando, pues, el nuevo aspecto que presentaban las cosas, y sabiendo por el mismo P. Pablo que no tardarían en llegar soldados para defender esta Resi-

(1) Hasta esto contribuyó á hacernos más horroroso aquellos días, que no sólo de noche, sino hasta por la tarde oíamos desde casa los rugidos de los tigres ó leopardos: no sé cuál de las dos especies, pues no las sé distinguir.



Ilmo. Máximo Su Beatitud Cirilo II. Macario Ilmo. Ignacio
obispo de Hermópolis Patriarca de los coptos católicos obispo de Tebas
Sacerdote copto Diácono Acólitos Subdiácono Sacerdote copto

JERARQUÍA CATÓLICA COPTA (Pág. 27)

(De *Die Katholischen Missionen*.—Freiburg).

dencia, los cuales ya estaban en camino, después de haber contestado al citado Padre y al mandarín Siao que de ningún modo me separaría de mis cristianos, si obediencia no me obligaba á ello, y de haberle manifestado al mandarín mis deseos de que, si estaba en sus atribuciones y se atrevía, subiese á esta Residencia con sus soldados, puesto que en Tse Leang P'in nada tenía que cuidar ya (me había dicho el P. Pablo que de aquella Residencia hasta las piedras habían revuelto), me determiné á pasar aviso á los cristianos de los montes, para que sin abandonar por completo sus casas á merced de los ladrones, se reuniesen aquí los que pudiesen para defenderse conmigo; y sobre todo que trajesen sus mujeres y chiquillos hasta que pasase el peligro, quedándose para cuidar de sus cosas en cada casa los que más fácilmente pudieran huir, pues yo estaba persuadido de que en esta casa ocho ó diez hombres bastábamos para defendernos algunos días y así dar tiempo á que llegasen soldados.

Reunimos, pues, aquí para ese objeto cuatro ó cinco escopetas chinas y algunas lanzas, y con estos elementos, la escopeta europea con solos diecisiete cartuchos (la de pistón, la había llevado consigo el P. Pablo) y ladrillos que subimos en abundancia, esperábamos la acometida.

Aquel mismo día por la tarde se presentó aquí como llovido del cielo el mandarín de Swei Han Ton, llamado Ton Ting F'ang, con mucho aparato: estoy convencido de que hizo un excelente servicio, aunque por

la fuerza no hubiera podido oponerse á los revoltosos si hubieran llegado. Se presentó aquí con dos ayudantes, magníficos vestidos, y con ocho soldados solamente, pues no tenía más á sus órdenes, pero hacían mucho ruido aunque eran pocos. Al llegar á Se Suei Tien hizo correr la voz de que venían detrás algunos cientos de soldados, que se les hizo fácil de creer á estos campesinos, pues les parecían que los dos ayudantes que traía eran también mandarines. No debió faltar algún amigo de los revoltosos que les comunicase estas noticias á los que habían llegado á Tsing Suei Wan, y así creo que se evitó su acometida, pues aunque no tardarían en convencerse de que no era todo cierto, sin embargo, entre tanto se iba pasando el tiempo y pudieron llegar de veras los soldados. Dicho mandarin de Suei Han Ton me visitó inmediatamente después de llegar, y me dijo que convenía se esparciese la voz de que nosotros estábamos bien provistos de armas; me dijo también que sólo había venido para causar alguna impresión y así dar tiempo á que llegaran los soldados que ya estaban en camino, y por tanto aunque sentía mucho dejarme en tal situación, cumplido su objeto, tenía que volverse inmediatamente á su puesto, pues si los revoltosos llegaban á saber que tenía tan pocas fuerzas, sería peor que si él no estuviera aquí. Yo naturalmente sentía su regreso, pero Dios puso remedio. Gracias le sean dadas. Eran las ocho de la noche cuando el mandarin salió de nuestra casa, aunque no con intención de abandonarnos hasta el día siguiente, y nevaba que era un primor. Pero después de salir el mandarin y mientras los cristianos estaban rezando en la iglesia, llegó uno de los Tuan Tsung (*cabeza de somatén*) diciendo que ya habían venido los revoltosos, y que nos preparásemos, que él iba también á reunir su gente para defendernos. Esto no me lo dijo á mí, sino á dos cristianos que salieron á la puerta á hablar con él: cuando ellos me lo refirieron les impuse inmediatamente silencio por no alborotar el rebaño (ya tenía la casa llena de cristianos), y les dije que no lo creía, pues todo debía ser una farsa de los Tuan Tsung, que ya que hasta entonces nada bueno habían hecho, pero si habían dicho bastante malo, querían entonces en presencia del mandarin hacer alarde de cuidadosos. De que no era más que eso, me convencí cuando al poco rato vi algunos hombres correr de una parte á otra con faroles, y vi disparar algunos tiros ó cohetes. Sin embargo, por lo que pudiera ocurrir, después de encerrar á las mujeres en los cuartos bajos, para que no se alarmasen si veían como nos preparábamos, hice trabajar más que regularmente á los hombres, y yo mismo les daba el ejemplo, cargándoles los ladrillos, y cal que ellos subían á la casa para usarlos contra los enemigos, si ellos pretendían escalarla. Hasta agua y leña en no pequeña cantidad almacenamos dentro de casa por si acaso nos asediaban demasiado. La tarde anterior me había entretenido con dos cristianos en llenar de cal y pólvora algunas botellas y poner las mechas, para utilizarlas como explosivos, y á lo menos cegarlos con la cal si se acercaban demasiado. A la mañana siguiente había mucha nieve, creo que nunca vi tanta en Se Suei Tien, así es que el mandarin difícilmente podía desampararnos, pero antes que él se marchase Dios nos envió otro

socorro, pues llegaron cuatro soldados de Tse Leang P'in con mandato de resistir con nosotros hasta que viésemos más soldados.

No era gran refuerzo este, pues además de ser pocos no traían escopetas, sino sólo espadas, pero algo significaba para los revoltosos el saber que en iglesia había soldados, aunque yo no quisiera que llegase el caso de defenderme con ellos dentro. A las doce del día, que ya la nieve había menguado mucho, dió la señal de despedida el mandarin de Suei Han Ton después de visitarme otra vez, y aún no habíamos perdido de vista á su gente cuando empezaron á oírse las trompetas de nuevos soldados que venían á socorrernos, que, aunque hasta convencernos por completo de que lo eran, nos causaron alguna inquietud, pero, gracias á Dios, pronto pudimos respirar á gusto, y yo dormir tranquilo la noche siguiente, pues aunque yo mismo me admiraba de la serenidad que Dios me dió en todo aquel tiempo, con todo eso había dormido bastante poco.

A la mañana siguiente vino á visitarme el mandarin militar Li Pao Kuan con no poco aparato, dejando ensimismados á estos campesinos, que nos creían ya anodados para siempre. Bendito sea Dios, que nos sacó á salvo de este peligro, como V. conocerá, con providencia más que ordinaria, y si otra vez nos volvemos á ver en él, que no es difícil, asístanos su gracia del mismo modo, ó de otro más excelente, como sería morir por su causa.

El día siguiente á la llegada del mandarin Li, que fué el 1.º de Enero (ya no estoy del todo seguro si fué este día) llegó el hijo del viejo King á Se Suei Tien, llenándonos de alegría por la libertad (no sé si la llame milagrosa) de él y de sus tres compañeros de cautiverio. Cómo la obtuvieron, lo cuentan ellos de este modo: el tercer día después de haber sido cogidos, cuando ya habían sido amenazados de muerte si no apostataban, y habían aplazado la ejecución para cuando llegasen á la casa del jefe de los revoltosos, encontraron en el camino una mujer que dijo á los criminales: «¿Vosotros queréis conservar vuestras cabezas? ¿no sabéis que por todas partes os rodean ya soldados?» Tal terror produjeron en ellos estas palabras, que sólo pensaron en huir, y hasta hubo uno que, no sé si por misericordia viendo el miserable estado de los cautivos, ó si por congraciarse con ellos si llegaban á cambiarse los papeles, les dió algunas chapecas, y al hijo del viejo K'ung un trapo para cubrirse la cabeza en donde había recibido las heridas, pues el gorro de éste y las ropas, que algo valían de los otros, se las habían quitado ya antes los revoltosos.

Viéndose, pues, ellos libres, pudieron ajustar una silla y alquilar una cabalgadura para los dos que estaban más heridos, y de este modo los unos, y andando los otros, pudieron llegar á Tse Leang P'in. Desde allí el Tchang y Min Ts'ai fueron en silla á Li Tchou, después de curarse las heridas, y el Kung subió á Se Suei Tien á darnos la noticia, quedándose el Wang en Tse Leang P'in por no sentirse con ánimos para ir á Li Tchou.

El mismo Kung era portador de varias cartas para mí, y entre ellas había una del señor Obispo en la que me manifestaba que convenía que yo bajase á Simen,

porque ya el P. Pablo subía con los soldados, y yo, sin entender bien el chino, difícilmente me podría ocultar sin ser conocido. Sin embargo de haber recibido esta carta, me estuve muy tranquilo, pues como las circunstancias habían cambiado ya mucho, y teniendo ya aquí soldados no era tan grande el peligro (por lo que á mí se refería, porque en cuanto á los cristianos, continuaba lo mismo mientras no desalojasen á los revoltosos de T'in Swei Wan), supuse que si el señor Obispo supiera que el peligro había ya cesado no me mandaría bajar, y por eso, aunque yo verdaderamente deseaba ir á Se Men, para dar algún desahogo al corazón hablando el castellano, aplacé mi ida para cuando hubiera llegado el P. Pablo. Pero no pude cumplir este mi propósito, porque pasados dos días (el martes 3 por la noche) llegó por *via* de Se Men nueva orden para que me pusiese inmediatamente en camino para aquel punto, pues con mucha instancia se lo habían pedido así al señor Obispo los mandarines de Li Tchón, los cuales temían que si los revoltosos me mataban, aunque yo valga poco, y ellos tampoco me estimen en mucho, pudiera ser que les costase muy caro.

Por más que traté de ponerme luego en camino, no pude hacerlo hasta el jueves, 9, pues los cristianos, que sentían que yo los abandonase antes que llegase el P. Pablo, lejos de ayudarme me estorbaban cuanto podían; pero este mismo retraso fué causa de que yo saliese más tranquilo, por haber llegado á este sitio más soldados el miércoles por la noche.

El jueves 9 de Enero á las diez de la mañana y después de haber recibido la visita del nuevo mandarín, me puse en camino para Se Men, acompañado de cuatro soldados, que para seguridad *suya* y mía me dieron los mandarines que habían llegado, y despidiéndome de los cristianos con no poca pena y algunos de ellos con lágrimas. Doy, pues, por terminada la relación de lo que en estos montes sucedió. A los pocos días de llegar yo á Se Men tuvimos la noticia de que no lejos de la iglesia habían decapitado á uno de los que habían robado la Residencia de Tse Leang P'in, y lo sentimos, pues aunque él era el que se había negado á restituir lo robado, y había amenazado con llamar á los rebeldes de Hu Pe, sin embargo, el que los llamó, como antes he dicho, fué el hijo mayor de la viuda Lion. No recuerdo ya la fecha en que decapitaron á este desgraciado, que se llamaba Tscheng Sien Tson, y era natural de Tse Leang P'in, ó no lejos de allí. A la muerte de este criminal se siguió alguna inquietud en Se Men, en donde empezó á correrse cierto murmullo contra el mandarín, diciendo que había errado en degollar aquél, pues mejor lo merecían otros.

Otro de los principales en el robo de Tse Leang P'in fué uno de los hijos de Ta Lao Pan, no sé cuál de ellos, que junto con su primo el hijo de la viuda, arrastraron en pos de sí, para arruinar á sus familias, á sus colonos, á uno de los *pecados capitales* y algunos otros que se quisieron hacer participantes del botín. El jefe de los que vinieron de la provincia de Hu Pe á destruir la iglesia de Tse Leang P'in se llama Ko, con el pomposo título de Sien Tche (Profeta), lo cual no le ha valido para que los soldados no le cogiesen en Sen Swei Kai, y probablemente á estas horas ya habrá dado cuenta de

sus visiones (1)... Firmo esta carta el día de Nuestra Señora del Buen Consejo... (26 de Abril de 1899).

Fr. Lorenzo Alvarez.

CHINA

Sucesos graves.

El Ilmo. Chausse, prefecto apostólico de Kuang-tong, nos remite la siguiente correspondencia detallando las dificultades surgidas al tomar posesión los representantes de Francia en nombre de su patria, de los territorios á ella cedidos por el Gobierno chino, al Sud del Imperio. Las siguientes cartas confirman y completan las noticias publicadas estos días por los periódicos mejor informados.

Cantón, 19 de Diciembre de 1899.

Los estampidos del cañón resuenan por la bahía de Kwong-tchao-Waw. ¿Cuál es la causa? Dos años hacía que los buques franceses cruzaban silenciosos sus tranquilas aguas, pero ¿ocupaban en realidad esta región? sí y no. Los franceses tenían guarnecidos los más importantes lugares, y evitaban con extremo cuidado no disgustar la población; pero China nada había cedido ni fijado límite alguno. Los mandarines adulaban á los jefes franceses, y el Virrey en tanto, pretextando velar por el mantenimiento del orden, enviaba soldados, cuyo verdadero fin era sublevar el pueblo contra el dominio francés.

Era preciso abrir los ojos.

Un día setenta y cinco soldados de infantería de marina salieron á practicar un reconocimiento á dos ó tres leguas de Hoï-tao: acto seguido fueron reconcentrados varios destacamentos chinos, y en los pueblos reinaba desusada agitación. No obstante, la columna siguió su camino sin ser molestada.

No así al regresar: desde muy lejos los soldados franceses vieron á los chinos que interceptaban el camino en actitud hostil. El teniente que dirigía la reducida fuerza mandó hacer alto y prepararse para el ataque: mil *valientes* y numerosos habitantes de los vecinos lugares formaban el compacto grupo que debían vencer.

De un poblado salieron repetidos disparos de fusilería. Los soldados contestaron: terribles fueron los efectos de sus carabinas: cien chinos quedaron tendidos en el campo de batalla: los franceses tuvieron tres heridos. Desde el fuerte de Hoï-tao oyóse el tiroteo, y destacaron una compañía de marina para socorrer la reducida columna, que enérgicamente se defendía.

Fué el primer encuentro digno de tal nombre. Evidenciada quedaba la actitud de los soldados del Virrey: en vez de guardar el orden como pretextaban, servíanse de todos los medios para sublevar las multitudes contra el naciente dominio francés.

Al llegar el mariscal Sou, encargado de fijar los límites, empezaron acto seguido las conferencias. Pocas palabras bastaron para que toda relación quedase rota: fué denegada la cesión de las islas Nao-tchao y Tonghoï, negación equivalente á cerrar la entrada de la ba-

(1) Efectivamente, ha sido decapitado en Sé Mén.

hía. Pretendían los chinos que siendo aquellas islas llave de Hai Nam y Lui-Tcheu, no podían ser cedidas á extranjeros. Quizás tenían razón, pero ¿qué utilidad reportaba á Francia la cesión de la bahía si luego les cerraban la entrada?

Se telegrafió á Pekín, y Pekín cedió ambas islas. La paz debía ser un hecho... pero fué un hecho aparente.

Dos jóvenes oficiales, recién llegados de Francia, sin darse cuenta exacta de la situación del país, embarcaron en una navecilla y salieron á dar un paseo. Vistos por los indígenas fueron cogidos y muertos, complaciéndose en ultrajar sus cuerpos desanimados.

Furioso el comandante, ordena apuntar los cañones á los cañoneros chinos anclados en el puerto, y manda se entreguen prisioneros de guerra cuantos á bordo de aquéllos se hallaban. Había entre éstos el *tao-tai* de Hai nam, el prefecto de Lui-Tcheu, y un sin fin de distinguidas personalidades. La presa era excelente, y era á la par garantía de valor inapreciable para el porvenir.

Al propio tiempo dos cañoneros bombardeaban Ma-Tchung, poblado que siempre distinguióse por su ojeriza á todo lo francés, y que guardaba en su conciencia algún leve pecado que debía purgar. La distancia era mucha: se creyó haberle causado ninguno ó muy escaso daño, pues lo guardaba una colina.

Pero días después supieron que el lugar quedó destruido, y más de cuatrocientos habitantes ó soldados muertos por el certero fuego de los obuses. Ejemplar fué el castigo, pero necesario.

El mandarín de She-kaï, exacto cumplidor de las órdenes dadas por el Virrey para sublevar la región, y verdugo de un distinguido personaje, cuyo único crimen era haber aconsejado hacer la paz con los franceses, temió el rigor de sus enemigos, y creyendo ver los destructores cañones apuntando á la hermosa quinta que habitaba, trasladó su familia á una ciudad vecina. Estos últimos días ha sido depuesto de su cargo.

Los límites están ya fijados; pero según frase atribuida al mariscal Sou, falta conquistar el país. En él encuéntranse actualmente más de diez mil *valentones*. ¿Serán trasladados á otra región? Es posible, pero no seguro.

El P. Ferrand, á quien mandé residiera en la bahía para atender á las espirituales necesidades del ejército francés, ha sabido captarse el aprecio de todos: es, me escriben, el ídolo de los *Marsouins*. Todos admiran su valor y sangre fría en el campo de batalla. Bello espectáculo es verlo marchar al combate, subido en su blanco caballo en busca de heridos á quienes socorrer. Ha construido una casa de reducidas dimensiones y una capilla provisional. Sus deseos eran edificar una capilla digna de tal nombre, pero la guerra le impide reunir materiales. Forzoso es esperar la deseada paz.

Ambos litigantes han sostenido otros encuentros: citaré entre ellos el de Kwong-tchao-Waw, donde el día 23 de Noviembre murieron, en furiosa carga á la bayoneta, ochocientos ó novecientos chinos.

En Pekín los sucesos presentan nueva faz. Mr. Pichón, embajador francés, valiéndose de su talento diplomático, ha sabido imponerse. El Virrey, autor de los referidos desórdenes, ha sido depuesto.

Estos últimos días estuve en Pak-tong, lugar donde el 14 de Octubre de 1898 fué muerto el P. Chanes.

En Cantón reina paz y prosperidad. En otros tiempos, cuando el cañón sonaba en Kwong-tchao-Waw como actualmente sucede, agitación terrible y amenazadora conmovía la capital, y sus habitantes lanzaban amenazas furiosas contra los cristianos. En la actualidad Cantón es espectador indiferente de los graves sucesos que se desarrollan.

La siguiente carta del P. Marechol, fechada el 14 de Noviembre del próximo pasado año, añade algunos detalles á los de la precedente.

Estos lugares acaban de ser testigos de dos hechos que han causado profunda y triste impresión.

El 12 de Noviembre, si mal no recuerdo, ocurrióseles á un alférez de navío, jefe de un destacamento de marinos que ocupaban el castillo de Mun't'ao, atreverse á recorrer la orilla opuesta á la en que se levanta el castillo, acompañado de un joven teniente. Vistos por numerosos enemigos, los rodearon y dieron muerte á pocos metros de la guarnición del fuerte, impotente para auxiliarles.

Corrió la noticia con rapidez, fué conocida en Chek-Chen, y los chinos cantaron victoria. ¡No acierto á expresar la cólera que hervía en mi pecho al oír á las gentes repetir entusiasmadas que el corazón, el hígado, la cabeza de los desgraciados franceses pesaban tantas ó cuantas libras! citaban como asombrosa maravilla el peso de una de las dos cabezas.

Parece ser que ambos oficiales fueron tranquilamente comidos por estos desalmados. En público ponderaban lo muy grasientos que sus cuerpos eran y el succulento sabor de su carne.

Los primeros días que siguieron al relatado crimen, la única preocupación de los *valentones* de Chek-Chen, era buscar la manera como podrían condenarme á suerte igual. Quiero suponer que cuanto decían era sólo á manera de grato solaz, y que nunca se atrevieran á proporcionarme el nuevo sistema de entierro gratis y civil en demasía; pero á los cristianos lograron atemorizarles las repetidas amenazas de los paganos.

Afortunadamente el día 16 de Noviembre oímos al despuntar la aurora los repetidos disparos de los cañones franceses. Creí bombardeaban el pueblo donde habían sido muertos los oficiales franceses. Pero al caer la tarde el mandarín recibió despachos anunciando que dos poblados donde se había concentrado la resistencia habían sido pasto de las llamas, pereciendo no pocos de sus habitantes. Toda la noche escuché el no in-



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Jefe del interior de la península Gazela (Pág. 34)

(Reproducción de fotografía)

terrumpido tocar de las cornetas que anunciaban la llegada de carros atestados de fugitivos que buscaban refugio en Chek-Cheu.

Durante el día 17 vi pasar numerosos grupos por el camino de She-kai. Carros tirados por búfalos llevaban mujeres y niños. La familia del feroz enemigo del nombre cristiano, el mandarín de She-kai, incansable instigador de la resistencia armada, se refugió secretamente en esta ciudad, aprovechando la noche para el viaje. Muchos habitantes de She-kai, temiendo que la población sería bombardeada, la han abandonado. Las cabezas de los desgraciados oficiales franceses están expuestas al extremo de dos postes telegráficos más allá de She-kai. Y esta es la actual situación.

¿Seguirán los franceses sus represalias? Muy de desear es acaben cuanto antes. La cabeza de José, uno de nuestros neófitos, comerciante de Hoï-tao, ha sido puesta á precio, y para salvarse se ha refugiado en Pak-Hoi.

Muy de veras pido al cielo el restablecimiento de la paz; y ardientemente deseo no deber alejarme de Chek-Cheu durante estos lamentables sucesos. Si la pasada semana hubiera abandonado mi residencia, creyeran los paganos era vergonzosa fuga. No serían los cristianos de Chan-Liu quienes defendieran la capilla si intentaban saquearla. Todos tienen asaz trabajo en defender sus vidas que creen en peligro.

Un colegio de «Propaganda Fide» en España

ESTA nación que con celeridad recibió en todo su territorio el Cristianismo, según aparece de la historia; que después propagó la fe de Cristo entre los bárbaros que la sojuzgaron con el imperio romano; esta España que, arrollada por el árabe hasta Asturias, movida de su fe, con constancia heroica y espada en mano lleva la cruz de Cristo hasta plantarla en la vela de Granada; España que en seguida, recibiendo de Dios un mundo nuevo, le da ante todo la doctrina de su Unigénito, y con tal entusiasmo, generosidad y esfuerzo que es admiración de cuantos lo consideran; esta España, ocupada más de dos siglos en cristianizar y civilizar el Asia y el Nuevo Mundo, parecía últimamente fatigada, y como si hubiera agotado sus fuerzas la incansable y heroica propagadora de la fe de Cristo; pero no era así: absorbida por sus guerras exteriores é interiores, y atenta á sus discordias y revoluciones, no pudo seguir el movimiento que en otros países había tomado recientemente la propagación de la fe, fundando colegios y organizando la oración y los donativos de los fieles; para ayudar á la formación de los misioneros, para facilitar sus viajes, y para atender á las múltiples necesidades que de conti-



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Indígena de la península Gazela
Reproducción de fotografía. (Pág. 34)

nuo les rodean en el territorio que evangelizan. Si durante la mitad del presente siglo y en ocasiones menos desfavorables, algunos Prelados y fieles españoles quisieron establecer las Obras de «La Propagación de la Fe» y de «La Santa Infancia», hubieron de desistir ante la actitud de Gobiernos revolucionarios, dispuestos siempre á comprimir ó anular la acción católica.

Pero llegado el último cuarto de este siglo y terminada apenas la guerra civil, la obra de «La Propagación de la Fe» se estableció con prontitud y entusiasmo en todas las diócesis, proporcionando desde entonces á las Misiones católicas cantidades respetables; después y ahora, restablecidas las Ordenes religiosas y formado ya el clero necesario para las iglesias de España, pueden los jóvenes y sacerdotes que se sientan con vocación á las Misiones, seguirla libremente y llevar la buena nueva de Cristo, como lo han hecho y hacen algunos, á naciones extranjeras; y por fin recentísimamente, siguiendo el ejemplo de otras naciones católicas, acaba de fundar España un Colegio, donde los sacerdotes y jóvenes llamados por Dios al apostolado, hallarán retiro para probar su vocación, protección y ayuda para instruirse debidamente, y en fin, un medio seguro y autorizado para comunicar con la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* en Roma, la cual, con la prudencia y sabiduría especiales de que siempre dió pruebas, utilizará sus servicios designando á los nuevos misioneros el tiempo y lugar donde hayan de ejercitar su ministerio apostólico.

Dicho Colegio se ha establecido en Burgos, Fernán-González, n.ºs 78 y 80, y un Canónigo de aquella Catedral, que consagra á él su patrimonio y ahorros, es el fundador del mismo. Funciona desde principios del pasado Octubre con autorización del excelentísimo Arzobispo y Reglamentos aprobados por él, habiendo ingresado como colegiales fundadores varios alumnos que á costa del dicho Canónigo estudiaban en el internado de aquella Universidad Pontificia. Otro día, si Dios nos ayuda, hemos de dar una idea de algunos Estatutos del Colegio, y aun hemos de ocuparnos del edificio en que se ha establecido.



Viaje á través de Nueva Pomerania

por el R. P. J. V., de la Compañía del Sagrado Corazón de Issndun

(Continuación)

No es mi propósito acompañarte, lector amigo, por los múltiples camarotes que se me antojan estrechas prisiones, ni quiero mostrarte los salones, si nombre tan pomposo puede darse á departamentos cuya única superioridad es ser más grandes... nó, me limitaré á referir alguno de los tristes incidentes que durante aquellos días más largos, más interminables y monótonos que la inmensa superficie de la mar, venían á aumentar el hastío y la añoranza de tierra

que con intensidad creciente sentíamos los pasajeros todos.

Lleva la nave numerosos caballos, vacas, carneros, gansos y pavos: un compendio del arca de Noé. Muchos de estos animales son para la Misión: citaré *kattie*, la hermosa yegua que arrastraba nuestro carruaje por las calles de Sydney: el Ilmo. Couppé llevaba el noble bruto, deseando perpetuar su raza en Nueva Pomerania.

La tempestad causó tanto daño á las bestias que mueren una tras otra.

Kattie abre la fúnebre marcha. Atan sus piernas, la arrastran hasta la obra muerta, y empujanla con fuerza. La masa inerte cae con estrépito sobre las olas, y la contemplamos largo tiempo flotando entre la estela del buque. Era *kattie* tan dócil, tan bella, que capitán y marineros lloraban su muerte.

Siguieron á la yegua una, dos, tres vacas y gansos y carneros. Señalaba cada día algún fúnebre hundimiento en el seno inmenso del Océano.

Cerca estamos, gracias á Dios, de las islas Lusiadas. Al caer la tarde del 12 de Febrero creemos adivinar la deseada silueta al límite del horizonte. Sirviéndonos de anteojos y lentes tratamos en vano de esclarecer nuestra duda. Los marineros agachan la cabeza y dejan jugar en sus labios amarga sonrisa de duda: las nubes se divierten forjando mil fantásticas combinaciones que contribuyen á alentar la esperanza. Era el mentiroso espejismo: tierras de manteca ó azúcar que huyen, se liquidan ó evaporan al acercarse el engañoso navegante.

Entre los pálidos reflejos crepusculares de la siguiente mañana vemos surgir de la mar una mancha negra, monótona, grande. Era tierra, la añorada tierra. Cuando transcurrieron tres interminables semanas sin verla, con qué efusión, con qué entusiasmo saludamos la parte sólida de nuestro planeta.

Es la isla Russel ó Arova la más oriental del archipiélago de las Lusiadas, perteneciente al vicariato apostólico de Nueva Guinea. Rodeada de arrecifes que casi la hacen inabordable, está poblada de una de las razas más feroces del mundo. Hace pocos años que en aquellas abruptas costas naufragó un buque. Los trescientos veintisiete pasajeros fueron, á excepción de uno solo, muertos y comidos por los insulares. Persistente calma nos retiene unos días ante esta desgraciada región. Doblamos el cabo Perseverancia, que se interna en la mar como diente de jabalí. La isla se esconde gradualmente en la niebla gris, y avanzamos perdidos de nuevo por la mar inmensa, bajo el manto azulado que quizás se divierte y juega con nosotros, escondiendo la tierra que tanto anhelamos.

Sólo un incidente vino á distraer la monotonía de aquellas tardes interminables. Reclinados al empalmeado vemos extraña masa que nada cerca del buque. Los marinos gritan: *Schark! Schark!* (tiburón). El capitán corre en busca de los aparejos necesarios para pescarlo.

Cubren de carne salada la aguda punta de un arpón atado á larga cuerda. El monstruo nada á su alrededor

y acaba por morder. Una violenta sacudida clava el garfio en su mandíbula. La bestia agita con violencia la cabeza, y el agua se tiñe en sangre. Echaron un lazo á lo largo de la cuerda hasta las aletas del pez, y reunidos todos los marineros realizaron la difícil empresa de subir el monstruo. Temerosos cual débiles niños huimos del puente. Pero luego, pasada la sorpresa, nos reunimos al rededor del palpitante escualo. Descargan sobre su cabeza fuertes golpes de gruesos mazos. Lo arrastran al antepuente, donde lo pesan: ciento tres libras. Mide cinco piés. Es un *bebe* de tiburones pescado en la florida juventud. De las siete hileras de dientes que la naturaleza le debe, sólo mostraba las tres primeras.

Acto seguido lo despedazan: separan la cabeza del tronco, y quince minutos después el corazón sigue latiendo con toda regularidad. Los más delicados pedazos quedan propiedad del maestro cocinero, y por él succulentamente preparados serán esta noche nuestro más sabroso manjar. Los restos no aprovechables del tiburón fueron lanzados al Océano, para que inspiraran á sus hermanos saludables reflexiones.

¿Cuándo será que de las olas azules surja Nueva Pomerania? Imaginamos ver al último confin del horizonte las Salomón, archipiélago poblado de antropófagos, á quienes los Padres Maristas convertirán en católicos. Y por fin, una semana después saludamos henchidos de gozo la que es para nosotros suspirada tierra de promisión. El perfil de las altas montañas se dibujaba hermoso, interrumpiendo la triste monotonía de las olas de la mar. Era una nota azul oscura, intensa, del inimitable tono que vistas á grandes distancias presentan las tierras cubiertas de exuberante vegetación. El color es más suave á medida que la distancia disminuye, y empezamos á distinguir las verdes alfombras tejidas por las copas de los altos árboles.

Falta sólo pasar el canal de San Jorge para entrar en Bahía-Blanca. Es un brazo de mar que se extiende entre Nueva Pomerania y Nueva Mecklemburg: mide aproximadamente cuarenta y cinco kilómetros de ancho por sesenta de largo. Si favorable viento hinchara las velas, pocas horas bastarían para pasar el canal. Pero, por desgracia, el Norte y Noroeste soplan alternativamente, y son necesarios dos días y sus correspondientes noches para llegar al puerto límite del fastidioso canal.

Una tempestad nos arrastra hasta el extremo Sudeste de Nueva Mecklemburg, cerca de la bahía conocida antiguamente con el nombre de Puerto Bretón, célebre por el infortunado ensayo de colonización del marqués de Rays. Es un ángulo de tierra limitado por el mar y las altas montañas. Sólo quedan en él los restos de los desgraciados emigrantes, que hallaron la muerte donde soñaban verse mimados por los deslumbradores halagos de la diosa fortuna. ¡Que sus almas descansen en paz!

Cada tres ó cuatro horas, así de día como de noche, es forzoso cambiar las velas y virar en redondo. Y después de tanta maniobra y trabajo tanto, continuamos en el mismo sitio. Es la tela de Penélope. Un viento hace desandar lo que otro viento hizo andar. Empleamos el tiempo contemplando las islas.

Nueva-Mecklemburg es más abrupta, más desigual la elevación de sus montañas, y más escabrosas sus quebradas cuestas. Nueva Pomerania preséntase suavemente inclinada, y la parte montañosa vese en último término. Ambas son abigarrado conjunto de valles y montes. Contamos hasta seis cordilleras que se extienden como las gradas de anfiteatro inmenso. Diríase que empujadas por el Océano, estas islas se replegaron sobre sí mismas, deseando ocupar el menos espacio posible, para no enojar el monstruo que las rodea y con incansable rugido amenaza tragarlas.

Estas son las islas que la Providencia confiara á nuestra Congregación, para que las convidase á surgir de las tinieblas en que vivían y á lanzarse en brazos de la eterna luz. ¡Cuántas tribus perdidas en las inexploradas fragosidades de esta abrupta tierra viven aún ignorantes de la Buenanueva! La orden del divino Maestro: «Id, enseñad á todas las naciones,» se cumple en esta porción del humano linaje que vive olvidada, en las hermosas islas que pronto serán nuestra morada.

Llegaron los misioneros. A costa de sudores sin cuento araron la tierra, y en los surcos abiertos lanzaron á manos llenas la preciosa semilla, que produce flores del cielo y frutos de vida eterna. Pronto veremos que hermosas espigas cubren los labrados campos, y heridas por los rayos del sol que da vida, trocarán el verde color de esperanza por el pajizo dorado, augurio feliz de pronta cosecha.

Después de cuarenta horas de luchar en vano contra viento y marea, al nacer la tarde del domingo, 24 de Febrero, se levantó la suspirada brisa hinchando las desplegadas velas. El viento nos empujó hasta el límite extremo de las islas York, y de allí la nave voló como flecha á Bahía-Blanca. El sol empezaba el camino de la tarde. Deslumbrados nuestros ojos por sus rayos ardientes, nada vieron hasta que escondióse tras los altos montes. Velada por la misteriosa luz crepuscular nos mostró sus encantos la deseada tierra. El golfo extiende para recibirnos la graciosa curva de su largo brazo. Al centro brillan las metálicas techumbres de la Misión. Nuestro buque navega á toda vela. A Dios y á su Madre Santísima elevan nuestros corazones ferviente acción de gracias, pues nos condujo al suspirado puerto.

Pasajeras son las alegrías del mundo. Acababa el *Paragón* de echar el áncora, cuando una triste nueva nos llenó de dolor. La canoa del representante del Gobierno acercóse al buque, y el empleado que la tripulaba anunció al Ilmo. Couppé la muerte del P. Helfer. Una racha furiosa hizo zozobrar la barca, y el Padre murió ahogado. Todos, y muy especialmente el ilustrísimo Couppé, sentimos con dolor vivísimo desgracia tan grande. El P. Helfer era uno de sus más incansables y celosos compañeros. Dios no quiso esperara más tiempo la recompensa. Reunido en el cielo con el Ilmo. Verjus, intercederán por sus hermanos que incansables persiguen la empresa santa.

Pasamos la noche en el *Paragón*. La siguiente mañana el P. Goutheraut vino á buscarnos. Nuestro primer acto al saltar á tierra fué celebrar el Santo Sacrificio por el alma del hermano difunto. Después el ilus-

trísimo señor Vicario apostólico recibió los afectuosos saludos del numeroso grupo que á su alrededor se reuniera. Con los PP. Gautheraut y From acudieron todos los niños canaques del orfalinato. Y nosotros entre las pruebas de afecto que durante la patriarcal fiesta recibimos, entre admirados, curiosos y conmovidos, bendecíamos al Señor Dios que con tantos consuelos nos regalaba.

Vuna-Papi es el nombre que sustituyó al antiguo de Kinigunan, reservado actualmente á una plantación li-

derecha el orfalinato de niños, á la izquierda la residencia del Ilmo. Couppé, de los Padres y Hermanos, y junto á ella una modesta capilla. Más lejana una casa destinada á los obreros y á los canaques que nos visitan; finalmente en el opuesto extremo la casa de las Hermanas y el orfalinato de niñas. En un plano más elevado el taller de carpintería, edificio en construcción. Más lejos las cuadras, el jardín botánico, los pastos y el bosque.

Cada una de estas construcciones ha exigido incalculables sacrificios. Se carecía de arquitecto, albañiles,



1. Caza del oso.—2. Mujer aina dando de comer á un oso pequeño.—3. Reunión para el sacrificio. Oraciones y festín

Yeso (Japón).—Sacrificio del oso: reproducción de grabados japoneses. (Pág. 38)

mítrofe de la Misión. Significa: establecimiento ó fundación de papistas. Buscando denigrarnos los *teachers wesleyanos*, aplicaron á los católicos el epíteto de *papistas*. Pero á despecho de su maliciosa intención, los canaques muéstranse orgullosos del citado nombre.

Vuna-Papi, lugar donde desembarcamos, es la Casa central de la Misión, residencia del Vicario apostólico. Construida á la entrada de Bahía-Blanca, al centro de extenso arco que la costa forma, es la primera que ven las naves al salir del canal de San Jorge ó al doblar el cabo de Beridni.

La propiedad de la Misión comprende cuatrocientos cincuenta metros de costa, y se extiende por el interior mil quinientos metros. El terreno es más accidentado á medida que se aleja del mar.

Cierra la ancha playa un vasto terraplén.

Sobre él se levantan los edificios de la Misión. A la

carpinteros, hojalateros y lampistas, de planchas, piedras y materiales de toda clase. Si existe en el mundo una región donde el arte de edificar sea puesto á prueba, es la que me ocupa. Contra él luchan dos implacables enemigos. Si los edificios son de mampostería, los terremotos muy frecuentes en el país cuartejan las paredes y acaban con ellos. Si de madera, las hormigas blancas tardarán pocas semanas en dejarla tan carcomida, que bastará tocarla para que se convierta en polvo.

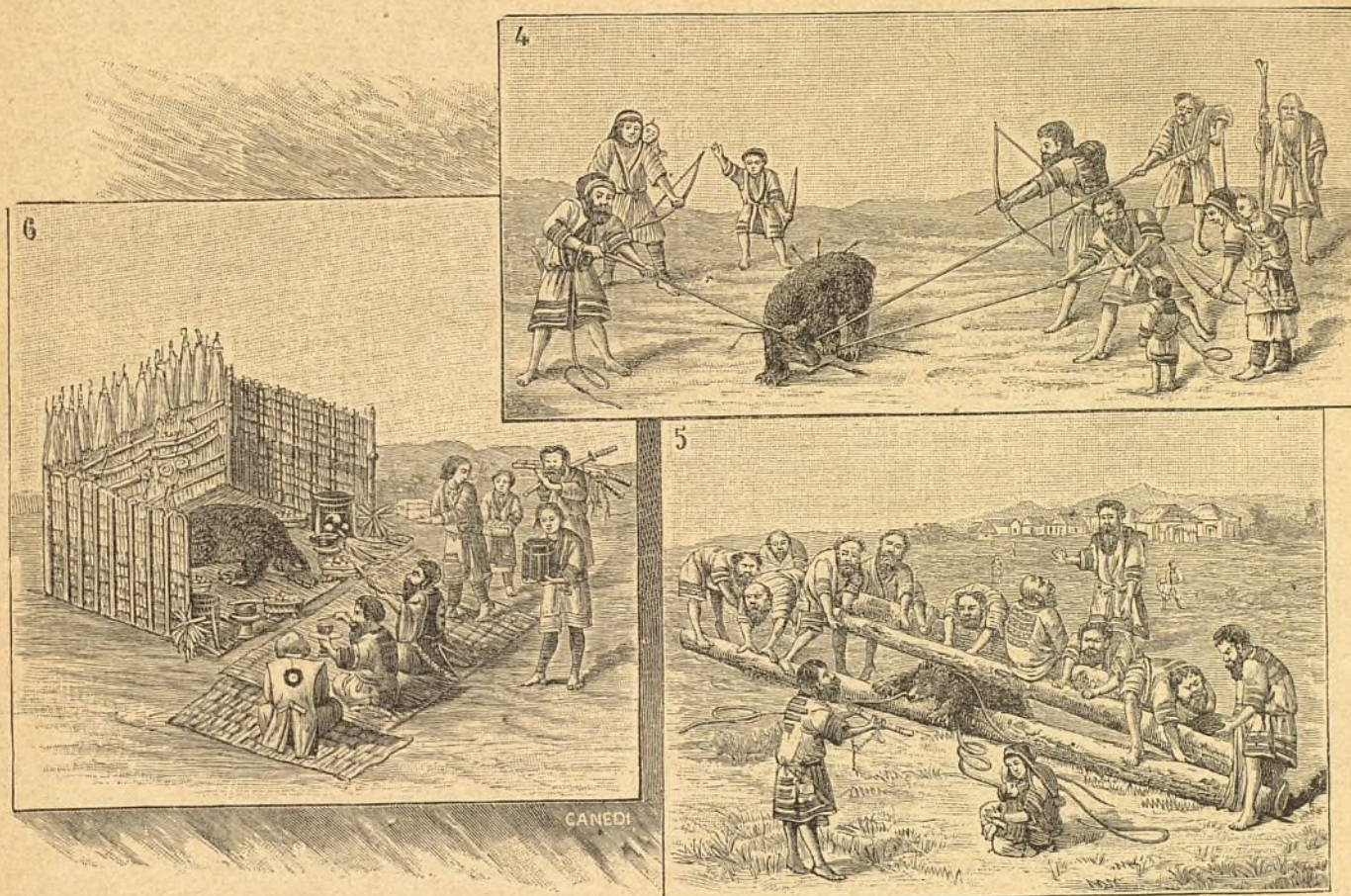
Difícil era el problema. Para solucionarlo el ilustrísimo Couppé debió forzar sus conocimientos mecánicos y paciencia incansable. Las casas recién construidas para las Hermanas y los huérfanos tienen los cimientos de piedra, de hierro el armazón, un segundo piso con anchas galerías, y ventiladores muy bien dispuestos. No existe en la colonia edificio alguno que pueda comparárseles.

A la izquierda de la Misión se extienden las plantaciones de Mr. Montón. A la derecha Herbertshoh, residencia del jefe de la colonia; Ravallienne y Ralum al extremo de Bahía-Blanca, escondidos entre inmensos bosques de eterna verdura, que reflejan sus ramas gigantes en las aguas tranquilas que lamen apenas las costas de la isla, en cuyo centro se alzan tres altos volcanes, digna corona de esta hermosa tierra.

Frente Vuna Papi, distantes pocas millas salen del Océano cubiertas del regio manto de la vegetación tropical las islas de York. Más lejos las montañas de Nue-

toda vegetación. El máximo de la temperatura no excede en la sombra de 34 grados centígrados, y el mínimo de 24.° Las brisas de mar y tierra cuidan alternativamente de refrescar la temperatura y sanear la atmósfera. Igual es durante todo el año, y en consecuencia son aquí desconocidas las cuatro estaciones con que nosotros lo dividimos. Los vientos N. O. y S. E. que soplan, el uno seis meses y seis meses más el otro, dividen el año en dos períodos.

Actualmente sopla viento Noroeste. Empuja gruesos nublados que se deshacen en agua. Cálida la tierra y



4. Disparo de flechas.—5. Aplastamiento.—6. El oso permanece tres días expuesto ante los *inaos*. Oraciones

Yeso (*Japón*).—Sacrificio del oso: reproducción de grabados japoneses. (Pág. 38)

va Irlanda se extienden formando una circunferencia que cierra el horizonte. El mar de nuestras costas no es, pues, el mar ilimitado, melancólico de los océanos sin orillas. Es algo que recuerda la encantadora placidez de los lagos de Suiza. Donde quiera que la vista descansa ve rocas y valles y montes que cierran las aguas, que en ellas se miran que impiden las grandes tormentas, azote de los mares libres.

La luz ecuatorial baña con deslumbradora fuerza el cielo, las olas azules, los vertientes de las grandes montañas, reviste de nuevo vigor el hermoso verde del ramaje de los altos árboles, y borda con plateados reflejos las transparentes nubes que coronan las cimas de los montes.

Las riquezas todas de la flora ecuatorial hallanse reunidas en Nueva Pomerania. Las condiciones climatológicas y metereológicas de la isla son favorables á

muy permeable, bebe con avidez el agua bienhechora, y por ella rejuvenecida produce la espléndida vegetación tropical.

El crudo invierno es desconocido. Primavera, verano y otoño se suceden perpetuamente. Siempre las flores lucen sus encantos entre las hojas verdes. Siempre las ananas adquieren su hermoso color dorado, entre espinosos matorrales. Siempre los gruesos racimos de bananas cuelgan al abrigo de hojas gigantes. Los frutos del guayabo, del árbol del pan, de la granadilla, gruesos como melones, sabrosos, nutritivos, hacen doblar las ramas de los árboles: los cocos se mecen al compás del viento, al extremo de los troncos rectos. Cuanta tierra la vista alcanza, el verde manto la cubre toda, excepto la cima de pequeño volcán.

Las altas hierbas, los grandes helechos, y muy especialmente el bosque, se disputan el terreno palmo á palmo. Si agobiado por el peso de los años muere algún

veterano de la selva, la liana enguirnalda el tronco sin savia, cuélgase del seco ramaje, lo cubre de hojas y flores, y hace renacer la juventud del antepasado muerto. ¡Admíranme estos árboles gigantes jamás heridos por el filo del hacha, los *itignes*, *rebarebas*, *capiacas*, *gallipiers*, *artocarpes*, *pandanus*, que esconden en las nubes el remate de sus troncos robustos, extienden sus ramas inmensas y despliegan al viento sus hojas siempre verdes, encantados palacios de las reinas del aire, las aves de hermoso plumaje!

(Se continuará).

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES
EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

Los ainos son rechazados al Norte por la raza invasora.

IRVIÉNDOLE de guías estos bien fundados principios, el profesor Chamberlain empieza sus investigaciones á través del Japón. Recorre todas las provincias: Dewa, Oshu, Echigo, Noto, Kaga, Echizen, Sado, Iwashiro, Totomi, Mikawa, Onari, Mino, Ise, Iga, Yamoto, Buzen, Bungo, Chikusen, Iki, Tsuskuna, etc., desfilan todas por las páginas de su erudito estudio. De Norte á Sud, de Este á Oeste son muchos, muchísimos los nombres de origen aino que logró descubrir.

Imposible copiar en estas páginas la larga enumeración que avalora la obra de Chamberlain. Me limitaré á algunos ejemplos aclaratorios de la demostración.

I. La ciudad de Aomori se extiende al lado del estrecho de Tsugaru, al fondo de vasta bahía. Es por su situación ciudad marítima, dotada por la naturaleza de excelente puerto.

Escrito con caracteres ideográficos, como lo escriben los japoneses, *Aomori* significa: bosque verde, significado que no tiene razón de ser, en cambio en aino *ao-moi* significa: entrada de la bahía (*ao* entrada; *moi* bahía), que los japoneses suavizan ingiriendo una *r* entre la *o* y la *i*, y dicen *Ao-mo* (r) *i*.

II. El lago Inawashiro, encerrado entre dos altas montañas, y á más de ochocientos metros de altura, es el más pintoresco, el que más poesía respira de cuantos adornan la provincia de Fukushima. Nada significa de la manera como lo escriben los japoneses, y en aino *Inao shir* significa país de los Inaos (símbolo religioso que los ainos acostumbra colocar delante de las puertas de sus viviendas ó en lugares sagrados).

III. Shonai es el antiguo nombre de un distrito de la provincia de Yamagata.

En aino *Sho* significa cascada, y *nai*, río, es decir, el río de las cascadas. Y en efecto, cruza la provincia el

soberbio Mogami, que repetidas veces corre encerrado por altas montañas cortadas á pico. En un corto trozo de su accidentado curso pueden verse á la vez cuatro altos despeñaderos, por donde las espumosas aguas se precipitan en vertiginosa carrera.

IV. El gigantesco cono de Fuji, volcán legendario que figura en todas las porcelanas del Japón, significa en aino: Diosa del fuego. Los japoneses, asimilándose la palabra, la han convertido en: montaña de la riqueza. Así como el significado aino es muy lógico y natural, no existe motivo alguno para fundar el que los japoneses le aplican, pues el volcán y sus alrededores son y siempre fueron tierras las más tristes é incultas.

Al final de su larga y fructuosa investigación, el citado autor escribe: «La conclusión de la antecedente lista de nombres, elegidos casi podemos decir al azar, es que los ainos son los predecesores de los japoneses en todo el archipiélago.»

¿Eran los ainos en tiempos remotos, los únicos pobladores del territorio japonés? ¿No les precedieron otras tribus bárbaras, y no compartieron con ellos la posesión del territorio? La cuestión sigue *sub judice*.

Pero dejándonos de hipótesis, cuando los nuevos emigrantes (los fundadores del pueblo japonés) llegaron á las costas de estas islas, pronto dejóse sentir la superioridad de la raza invasora. Los aborígenes se vieron forzados á retirarse al Norte y al Este, y siguieron llegando invasores que se reunieron, unificaron y formaron un pueblo nuevo, mientras los verdaderos señores, cual estúpido rebaño, huía amedrentado sin atreverse á resistir.

En los tiempos fabulosos de la historia japonesa descuella la figura del príncipe Yamato Take, vencedor de los bárbaros de varias provincias meridionales y occidentales de la gran isla de Nippo. En los tiempos históricos asistimos á las perpetuas luchas contra los aborígenes, entre las cuales ocupan lugar primeramente las del famoso general Tamura-Maró. Aun hoy pueden verse en los alrededores de Morioka, provincia de Rikuchu, numerosos esqueletos ainos, restos de la horrible hecatombe que les causó este general célebre, además, por sus victorias contra los ebisu ó salvajes.

Estos últimos siglos, desde que los ainos cedieron al Japón la mayor parte del archipiélago, han gozado de relativa tranquilidad; pero su número ha decrecido con asombrosa rapidez. Hace un siglo, algunos representantes de esta raza seguían poblando el Norte del Hon-do en la isla de Nippón. Actualmente todos cruzaron el estrecho, y los quince mil supervivientes viven confinados en las montañas del Yeso y en la isla Sagalien, y continúan retirándose hacia el Norte á medida que la invasión japonesa sigue inundando la patria de los ainos.

Costumbres ainas

El pueblo aino obedece á un jefe y á uno ó dos subdelegados chinos, los más ancianos de la ciudad. Forman una especie de triunvirato encargado de velar por el bien de la tribu. Presiden los funerales, asisten á los casamientos y son, juntamente con el pueblo, legisladores y jueces. Competencia suya es repartir las tie-

rras laborables, los sitios de pesca abundante, é impulsar la afición á la caza.

Además, cada pueblo constituye una pequeña república, á cuya cabeza figura un jefe elegido entre los más ancianos.

Como es fácil comprender, la educación del joven aino es defectuosa en extremo. Para él, como para todos los pueblos primitivos, el único libro es la naturaleza.

Cuando niño sus padres le enseñan los nombres de los ríos, montañas y valles de la región que habitan, para que no se extravié cuando los acompañe á la caza ó á la pesca: enséñanle á conocer el tiempo por el estado del cielo, á perseguir el oso y el ciervo, á pescar, y la fabricación de arcos, flechas y lazos, todo, en una palabra, cuanto en su limitadísima esfera es indispensable á este pueblo para su conservación y propagación. Para enseñarles la preparación del veneno con que embadurnan las puntas de las flechas esperan que sean grandes, casi hombres.

Las mujeres enseñan á las niñas la manera de disponer la corteza del abedul para obtener hilo, los múltiples trabajos domésticos, tejer, bordar vestidos, cultivar la tierra y á pintarse el labio superior cual si lo cubriera escaso bigote.

Enseñan además los fundamentos de la moral, sirviéndose de fábulas ó leyendas de todos los ainos conocidas.

La siguiente fabulilla sirve á los ainos para inculcar en el ánimo de sus hijos el deber de la obediencia.

El hombre en la luna

«En muy remotas edades vivía un niño tan malo que jamás obedeció á su padre ni á su madre, y nunca quiso llegar á la fuente á buscar el agua indispensable para la casa: los dioses se irritaron contra él y lo trasladaron á los cuernos de la luna, para que su castigo fuera saludable advertencia á los hombres todos.

«Esta es la historia del hombre en la luna.

«Aprenda, pues, el mundo entero que, buenas ó malas, las órdenes de los padres deben ser obedecidas.»

Los ainos amplían la fábula añadiendo la siguiente explicación:

«El niño al mandarle que fuese por agua sentóse cabe el hogar y cogió el eslabón de madera. Pensándolo mejor resolvió salir, y al pasar la puerta la golpeó diciendo:

«—¡Cuán desgraciado soy! tú, puerta, no tienes obligación de ir por agua.

«Y cogiendo la gran cuchara de madera y el cubo bajó hasta el río: al llegar á la orilla vió un pecesillo que sacaba la cabeza fuera del agua.

«—¡Cuán desgraciado soy! le dijo: tú, criatura llena de espinas, tú eres pez y no debes ir por agua.

«Poco después vió una trucha y la dijo:

«—¡Cuán desgraciado soy! tú, tierna criatura, jamás tuviste obligación de ir por agua.

«Avanzó algunos pasos y viendo un hermoso salmón le dijo:

«—¡Ola! Muy buenos días. ¿Cómo sigue el señor salmón (1)?»

«Le oye el salmón, salta, le coge, y para ejemplo de todos los hombres lo traslada á la luna. Así los dioses irritados castigan á cuantos niños no quieren ir por agua.»

El aino, polígamo en la antigüedad, es actualmente monógamo. El matrimonio es tenido como contrato.

Sencilla es la ceremonia, consistente en un banquete de mijo ó tortas de arroz y *satic* (vino japonés), que sirve la desposada.

Los parientes se felicitan mutuamente por tan fausto suceso. Y entre *inaos*, oraciones y cantos y bailes acaba la fiesta.

La defunción de un individuo es acontecimiento que llena de terror á los ainos. Temen muchísimo á la muerte, y tienen sus cementerios en lugares desiertos, escondidos al centro de las selvas, en sitios de sólo ellos conocidos.

Acabada la sencilla ceremonia que acompaña al entierro, su cuidado principal es olvidar al muerto, pues temen verle surgir ante ellos cual fantasma horrible, de igual manera que temen el poder de todos los espíritus.

Los ainos nunca visitan los cementerios, y el pasar por ellos lo consideran culpa que debe lavarse con *inaos* y oraciones.

Las principales faenas del aino son cazar y pescar.

La pesca favorita es el salmón, abundante en los numerosos ríos que riegan el Yeso. Para ella emplea varios y primitivos instrumentos, tales como lanzas cortas, hilos de corteza y cepos.

Si desde la orilla ve cruzar un pez, lanza con fuerza la corta flecha y nunca yerra la codiciada presa.

Para pescar truchas y sollos emplea una especie de tridente, y para tiburones y focas el harpón.

Al salir á la pesca ruega á los dioses le sean propicios, le preserven de accidentes desgraciados, le conserven buena salud y le concedan abundante pesca.

Armado el aino de fusil, los ciervos tardaron poco en desaparecer casi totalmente del Yeso. En la actualidad una ley del Gobierno japonés prohíbe cazarlos, á fin de que la especie no sea aniquilada.

En otros tiempos la caza del ciervo era uno de los principales recursos del pueblo aino. Acompañaba al cazador numerosa jauría amaestrada no á matar el ciervo, sino á acorralarle, logrado lo cual el cazador disparaba contra el perseguido animal las envenenadas flechas.

Pero la más útil, la más honorífica y la más querida ocupación del aino es la caza del oso.

Prefiere para cazarlo al nacer la primavera, cuando al influjo de los calientes rayos del sol dejan las nieves de cubrir los montes.

Antes de partir se congregan los ancianos del pueblo y piden á los dioses protejan su empresa: después

(1) Los ainos creen que el salmón es un dios.

acompañados de numerosa jauría marchan en busca de la guarida del oso.

Conocen sus cuarteles de invierno por el color de la nieve y por un hoyo pequeño producido por el aliento del animal. Descubierta la cueva donde se alberga, comienzan todos á orar y apartar la nieve; luego introducen en ella largos bastones de que van provistos, y golpean el lugar donde vive el terrible cuadrúpedo hasta que lo fuerzan á salir. Aparece el oso, y todos los ainos cazadores con certera puntería hunden en su cuerpo envenenadas flechas.

Importunías á veces parecen al oso las reiteradas inyecciones, y refugiándose al fondo de la cueva se niega á salir. Entonces de entre los ainos cazadores avanza uno solo, y dejando el arco y las flechas, y cubriendo con el turbante su cabeza de manera que sólo los ojos queden descubiertos, desenvaina la cuchilla y resuelto se interna en el desconocido antro. Al ver acercarse el atrevido huésped, exasperado el oso coge al aino y lo arroja con fuerza. Es parecer de algunos cazadores que el oso dentro su guarida no da muerte á nadie. Yo ni lo niego ni afirmo, pero me permitiré indicar que no quisiera probarlo. El aino entonces clava la cuchilla en la espalda del fiero animal, que enfurecido por el dolor sale ciego de cólera. Al verlo los cazadores, le saludan con una lluvia de flechas.

Síguese entonces una escena horrible. El animal levantándose sobre sus patas traseras se lanza loco de cólera y dolor contra los que le rodean. El aino hacia el cual el oso se dirige saca la cuchilla de la vaina que cuelga del cinto, y cuando el oso va á caer sobre él y despedazarle, con rápido movimiento huye el cuerpo y hunde la afilada arma en el corazón del animal.

Rara vez el aino que sostiene la lucha cuerpo á cuerpo escapa sin graves heridas. Con frecuencia en ella encuentra la muerte.

Cuando el oso ha muerto, los ainos se agachan á su alrededor, lo contemplan un instante, hacen á la *señoría* muerta reverencias numerosas, y luego empiezan á despedazarle (1).

Religión aina

Los ainos profesan el más grosero politeísmo. Creen en innumerables divinidades, todas las cuales son, sin embargo, gobernadas por un dios creador de todas las cosas, señor del cielo, de quien todas las demás divinidades recibieron el ser, el poderío y de quien totalmente dependen. Entre los dioses inferiores los hay buenos y malos.

De sus antepasados uno, Aioina Kamui, llegó á ser dios, y vela por la conservación de la raza aina.

Dios es también la naturaleza. Ofrecen homenaje á los dioses del sol, de la luna, del fuego, de las fuentes, los ríos, el mar, los animales, las montañas y los bosques.

Legiones de diablos se divierten causando cuantas desgracias y males afligen el mundo.

Creen en la inmortalidad del alma, así del hombre como de la bestia, en el juicio después de la muerte, y en el futuro premio ó castigo.

(1) Batchelor: *Ainu of Japan*.

Muerto el irracional, su alma se convierte en guardiana del hombre. Las almas de las viejas están dotadas de pernicioso influjo.

Admiten tres cielos sobre nosotros y seis mundos debajo (1).

Los ainos no tienen templos ni horas fijas para orar: rezan en cualquier parte, y sus religiosas creencias presiden todos sus actos. El símbolo principal y la mayor ofrenda que á sus dioses hacen es el *inao* (rama de sauco adornada de papeles recortados).

Cuantas veces reza otras tantas se sirven de los *inaos*. Tienen muchos, distintos todos, ofrecidos á tal ó cual divinidad en determinada circunstancia. Los colocan donde suponen habitan los dioses, á corta distancia de la *ventana sagrada*, que siempre mira al Este, entre troncos clavados al suelo, en cuya parte superior fijan cuernos de ciervos ó cráneos de osos. Las chozas todas poseen *inaos*. Dos veces al año se reúnen familias y amigos y ofrecen á los citados símbolos, rendido homenaje que repiten cuantas veces faustos ó infaustos sucesos alteran el curso regular de su existencia.

Con ellos adornan las barcas al lanzarse á la mar, y no hay uno que osara dejar las orillas sin la rama de sauco y el cuchillo, por si el temporal le sorprende cortar los *inaos* y aplacar el furor de los dioses.

Cuando cazando en los grandes bosques les coge la noche, el aino prepara un rústico lecho, reúne leña, hace fuego, junto á él coloca un *inao* y dirige á la diosa del fuego la siguiente plegaria: «Oh diosa del fuego, yo te presento este *inao*: dignate velar sobre mí durante la noche, y concédeme suerte propicia mañana al despertar (2).»

Cuando el aino se fija la idea de que es víctima del odio de alguna mala divinidad ó de la feroz venganza del alma de una vieja muerta, al *inao* acuden para salvarse de aquella influencia nefasta.

Entre supersticiones tantas, creencias incoherentes, moral é intelectual naufragio de esta raza, vemos salir á flor de agua, salvarse del general desquiciamiento alguna ideas: tales son la de Dios y de la inmortalidad del alma. Falta ver á qué vino á parar entre ellos la idea del sacrificio, y para ello asistamos al más bello, á la única gran solemnidad religiosa, al sacrificio del oso.

La víspera de suceso tan fausto el pueblo entero es atentamente invitado. Al nacer la mañana acude á la choza del dueño del oso. Los ancianos coronan sus frentes rugosas con ramas de sauco. (*Véanse los grabados de las págs. 41 y 44*). Visten los jóvenes nuevos trajes de fiesta, y cortan los cabellos y afeitan la frente y el cuello. Ostentan las mujeres sus más ricas galas; los más brillantes pendientes adornan sus orejas, los mejores brazaletes sus brazos, y cuidadosas arreglan el pintado bigote.

Siéntanse todos en torno el fuego de leña: los hombres en primera línea y las mujeres detrás. La fiesta

(1) Batchelor: *Ainu of Japan*.

(2) Batchelor: *Ainu of Japan*.



Comida del oso sacrificado. (Pág. 40)

FIESTA AINA

comienza por un banquete acompañado de repetidas libaciones. Las tortas de mijo cocido y las copas de vino de arroz circulan entre los asistentes.

Acabadas las libaciones todos presentan numerosos *inaos*, preparados de antemano. Un anciano los fija en el suelo, y comienzan las plegarias. Dirigen las primeras á la diosa del fuego, y la conjuran para que ofrezca á los demás dioses los nuevos *inaos*, y advierta á las divinidades todas que los ainos van á empezar el sacrificio del oso.

Avanza un aino, y suplica al oso perdone á su pueblo. Ante él dobla las rodillas, le advierte que pronto se juntará con sus antepasados, y otra vez le pide perdón por el acto de que ha de ser víctima. Dicele que el pueblo espera confiado su indulgencia, y procura desvanecer la triste impresión que nueva tan dura pudiera causarle, recordándole que lo honrarán con repetidas libaciones y la ofrenda de múltiples *inaos*.

Acto seguido cogen al oso. Rodean su cuello con dos nudos corredizos; y un aino á la derecha y otro á la izquierda cogen el extremo de las cuerdas. Así arrastran la víctima hasta el lugar del sacrificio.

Entonces los ancianos colocados en línea recta se sientan. Los jóvenes permanecen en pie y empiezan á provocar la cólera de la víctima. Cuando furiosa ruge desfilan ante ella disparándole algunas flechas todos los asistentes. Gritos de dolor desesperado y rabia loca escapan del seno de la fiera. Al verla en el paroxismo de su furor la atan á un poste, los concurrentes disparan sobre ella una lluvia de flechas, y cuando perdidas las fuerzas inclina la cabeza y fija en sus verdugos desesperada mirada de impotencia, entonces todos caen sobre el oso, lo aplastan, lo ahogan. (*Véanse los grabados páginas 36 y 37*).

Al verlo muerto le arrancan la piel y despedazado lo llevan á la choza del jefe. Antes de comerlo los ainos lo conservan dos ó tres días expuesto ante la ventana sagrada que mira á Oriente. (*Vease el grabado página 37 (1)*).

Al presenciar la descrita fiesta aina es imposible no ver en ella algo que recuerda los sacrificios practicados en todo tiempo por todos los pueblos del mundo.

Entre los preliminares de la fiesta vimos figurar un acto religioso. Los ainos ofrecen la víctima á los dioses para que les sean propicios: y al propio tiempo evidencia que como los hombres de todo tiempo y toda nación, «viven bajo el dominio de un poder irritado á quien sólo los sacrificios pueden aplacar (2).»

Decimos recuerdo, pues el verdadero sacrificio implica el derrame de sangre, y los ainos no vierten la de su víctima, sino que se contentan ahogándola.

Si observamos la precedente ligera ojeada sobre las creencias religiosas de este pueblo poco menos que sal-

(1) Batchelor: *Ainu of Japon*.

(2) De Maistre.



YESO (Japón).—Tipos ainos: Copia de fotografía remitida por el P. Marnas. (Pág. 40)

vaje veremos que entre las absurdas ideas religiosas aparecen algunas, resto de las grandes verdades que en todo tiempo y lugar fueron base de las humanas religiones.

Vimos que sobre sus dioses innumerables admiten los ainos un dios superior, dueño absoluto de todas las cosas, que profesan la inmortalidad del alma y el premio ó castigo futuros. Pero el resto más hermoso de los salvados de la total ruina intelectual y moral de este pueblo que muere, es la idea del sacrificio, conservada casi en su primitiva pureza.

Vemos, pues, que una raza que gime envuelta en las sombras más tristes, que arrastradas por el vertiginoso correr de los tiempos vió morir sus virtudes, glorias y saber, conserva restos valiosos de naufragio horrible, recuerdo de aquella primera grandeza, muestras inequívocas de su origen igual al del resto de la humanidad.

(Continuará).

BIBLIOGRAFÍA

El Jubileo: instrucciones y prácticas para lucrarlo, por el Padre Fr. Mariano Fernández, de la Orden de Frailes Menores, lector de Sagrada Teología. Oportuna é interesante es la obra que nos ocupa, editada y puesta en venta estos últimos días por la *Librería y Tipografía Católica* de nuestra ciudad. Historia con acopio de curiosos datos, el origen y vicisitudes del Jubileo, expone su naturaleza y describe su promulgación y celebración, y enumera las condiciones para ganarlo y los privilegios y propiedades del Año Santo. Completan el libro y lo hacen indispensable á cuantos fieles desean lucrar con perfecto conocimiento el Jubileo el *capítulo VIII*, que enseña cuantas devociones deben practicarse para el logro del citado fin, y la *Conclusión* que expone el fruto que del Jubileo debe sacarse. Olvidábamos citar, y es digno de mención muy especial, el *capítulo III*, que es un completísimo tratado de las indulgencias en general y á la par exposición de las condiciones para ganarlas. El precedente sucinto resumen basta para mostrar la importancia y oportunidad de la obra del P. Fernández. Unica publicada en español, la recomendamos á los señores sacerdotes, especialmente á los predicadores, y la recomendamos también á todos los fieles, pues de ella han de menester si quieren ganar los tesoros que generosa les brinda nuestra Madre la Iglesia católica. Prueban el mérito de la obra el laudatorio dictamen del Censor y las recomendaciones de los ilustres Sres. Arzobispo de Linares y Obispos de Saltillo (*Méjico*) y Buenos Aires.

Cuadros y escenas, por D. Desiderio Marcos. Colección, como indica su título, de novelas cortas impresiones recuerdos; cuadros arrancados del natural con la habilidad de consumado colorista que sabe á la nativa belleza añadir, mezclar lo más íntimo, más espiritual del propio sentimiento. Citaré el primero *Adiós, mamá*, nota triste escrita con estilo sencillo exento de sentimentalismo, y que comunica en el ánimo del lector los afectos dolorosos de la tierna escena de muerte que describe. El *¡Viva la función!* es cuadro reboante de luz, fiesta alegre descrita con todos los pormenores que sólo aprecia el fiel observador; respira todo él la dulce fragancia que para los que la aman exhalan las fiestas de la tierruca. Y la *Instantánea* muestra la noble franqueza y gratitud de los hijos del Norte de España, y el *Sueño infantil* rebosa la envidiable inocencia de la edad feliz, y la *Vida de aldea*, y *Noviembre* y *Confesiones en Corro* y *Día de Reyes*, y todas las

que forman el elegante volumen son notas alegres ó tristes, pero siempre escritas con sentimiento, con elegante estilo, con todo cuanto puede contribuir á que sea leído con interés creciente un libro de la naturaleza del que me ocupa.

Hemos recibido algunas bellísimas estampas del glorioso patriarca San José, reproducción del célebre cuadro del inmortal pintor sevillano. Forman parte de la notable colección recomendada otras veces desde estas columnas, y por su precio sumamente económico, por su esmerada impresión y artístico conjunto son las más á propósito para ser distribuidas en las próximas funciones del mes de Marzo.

Pruebas importantes del Cristianismo, por D. M. Bori.— Con método lógico y elegante estilo, que por su sencillez queda al alcance de las inteligencias todas, expone el ilustrado autor del citado opúsculo el milagro de la Resurrección del Señor que prueba con argumentos claros y contundentes que deben forzosamente llevar el convencimiento en el ánimo del que leyere. Es excelente opúsculo de propaganda católica, que mucho deseamos ver en manos de tanto infeliz como en los prósperos tiempos actuales alardea de despreocupado é incrédulo. Lo hallarán en esta Administración.

Se ha publicado segunda edición de las en Cataluña de todos conocidas poesías del malogrado vate, el católico joven Casas y Amigó. Escritas en catalán, sus vigorosas notas, su puro sentimiento y los raudales de verdadera inspiración, contribuyeron al hermoso renacimiento de la catalana literatura. El Príncipe de los poetas de nuestra tierra, Mossén Verdaguier, al llorar sobre la tumba del poeta muerto, describe con exacta frase su manera de ser:

... era una llantia mística al encendre,
un lliri al esclatar.
Del infantó tenia la ignocencia,
lo seny del home vell,
son cor com jesamí l'ensaba essencia
cantaba com aucell ...

De la lectura del citado tomo de *Poesías* nace el respeto y amor á la fe santa de nuestros padres, cantada con las notas más hermosas de su lira en *La nit de Nadal*, *La casa de Sant Joseph*, *A la Verge de Montserrat*, *La Veu de Jesús*, etc.; el patrio entusiasmo, de que son hijas galanas *L'aua de la Patria* y *La llengua catalana*: el casto amor sentido con peculiar tristeza, cual si el poeta presintiera su prematuro fin, tristeza que da á sus cantos las notas más sonoras, los más puros destellos de más brillante luz.

Libro es el que nos ocupa que honra todas las librerías, señoriales ó proletarios, de las buenas familias catalanas, lo cual sumado á que el producto de la venta es para obras benéficas creemos son las mejores recomendaciones, si alguna necesitaban las poesías de Casas y Amigó.

M. C. G.

VARIEDADES

Marandague-Gaá

Leyenda guaraní

I

Un viejo indio *caaiguá*, jefe de una toldería próxima á los yerbales del S. E. del Paraguay, hizo conocer la siguiente leyenda guaraní.

A los bebedores de la aromática infusión del *vieux paraguayensis* les interesará seguramente la historia de

este árbol de la familia de las *ilicáceas*, cuyo té nuestros bisabuelos saboreaban con fruición y los biznietos bebemos todavía con no poca complacencia, magüer ocupen el puesto de honor sus aristocráticos rivales de Moka y de China.

La yerba se conoce desde el año 1593. Dicen los historiadores que por esa época Arias de Saavedra, gobernador á la sazón del Paraguay, en viaje de exploración por las sierras donde existe la zona de los yerbales, llevando como baqueanos á varios indios *caaiguá*, tuvo ocasión de probar este vegetal que, seco, reducido á polvo y *macerado* en agua fría, bebían sus acompañantes.

No desagradó al Gobernador el brebaje, y tanto él como sus soldados aliviaron la sed durante la jornada con *infusiones* de las hojas de esa planta, que reemplazó después al café en todas las casas, se exportó para el Río de la Plata, y concluyó con los años por constituir el más fuerte comercio del país.

Costó no poco trabajo á los españoles comenzar la explotación de aquellas ricas sierras, que los indios decían ser suyas «por directo legado del Señor» (1). Los restos de la antigua nación guaraní, que viven medio civilizados en las selvas que rodean los yerbales, conservan la tradición, siguen llamándose dueños y señores de dicha zona, y cobran anualmente su *contribución* á los representantes de las Compañías yerbateras (2).

Rojas-Nandua llámase el cacique que me refirió lo que va á leerse. Es un indio muy *letrado*, que se titula *Presidente* de su tribu, por nombramiento recibido de manos de un comerciante en yerba de Villa Concepción.

No me detendré á describir este personaje de labio inferior perforado con pendientes, y pasaré, dejando preámbulos á un lado, á ocuparme de una vez de «Marandaguê-caá», tal como Rojas-Nandua tuvo la *fineza* de narrarla al caballero que me sirvió de intérprete.

II

Cuando Túpa (Dios) hizo el mundo *arrojando un puñado de tierra en el espacio*, designó los montes y las selvas (caáguy) para ser habitados por los hombres morenos (aba-hù), y los valles y las llanuras (nù), por los hombres blancos (aba-moroty).

(1) Más tarde, probablemente debido á la instrucción religiosa que los guaraníes recibieron de los Jesuitas en sus admirables *Reducciones*, la leyenda se habrá modificado en parte. Sólo así se explica que figuren la Virgen y los Santos en ésta y muchos otros consejos de un pueblo que adoraba al sol y tenía una vaga idea del Creador antes de las Misiones cristianas.

(2) Como á éstas conviene sostener buenas relaciones con los *caaiguá*, á fin de evitar conflictos entre ellos y el personal que trabaja en los yerbales, hácenles todos los años un pequeño regalo, que consiste en vestir de piés á cabeza al personal que, en representación de la toltería, va á Villa Concepción con el objeto de cobrar el tradicional tributo. Después de esto se retiran los indios contentísimos, y durante todo el año ayudan á los yerbateros en sus faenas, y hasta les indican los parajes en que es más abundante la yerba ó de mejor calidad.

Esto último es de suma importancia, porque sin los datos que los indios suministran, sería muchas veces imposible dar con los yerbales vírgenes, por estar situados entre bosques impenetrables, sólo conocidos por los *caaiguá*, que los recorren constantemente, ocupados en la caza de tigres y otros animales feroces.

Aquéllos no debían salir de la espesura de los bosques, pues guarací (el sol) podría, al verlos desde el cielo, castigar su desobediencia, fulminándolos con sus rayos de fuego.

En cambio á los hombres blancos les estaba vedado penetrar en sus sombríos dominios. Si tal hicieran, el demonio (aña), que vive escondido en los sitios más enmarañados é inaccesibles de los montes, pronto corregiría su osadía.

Y es que Túpa quiso que los primeros fueran de tez oscura como los bosques umbrosos que les sirven de habitación; y los dueños de los valles, blancos como la luz del día que baña las dilatadas praderas donde la verde *capij-poñy* lozana crece.

Las aves y las fieras que tienen sus nidos y guaridas en las salvajes sierras, la leña de sus árboles corpulentos, los frutos de los mismos sembrados por la mano del omnipotente Túpa, de ellos exclusivamente son, y ningún hombre de las llanuras puede tocarlos sin la autorización de sus legítimos poseedores.

Ellos á su vez deben respetar y respetan los bienes de los abâ-moroty. La mandioca, el maíz y el trigo y todos los sembrados, los naranjales y bananales, el ganado que padece en los campos, á los blancos pertenece: los aba-hù nunca intentaron arrebatárselos nada de esto: acatan la voluntad de Túpa, y temen la ira de guarahù.

Hay una planta llamada *caá*, de mucho tiempo conocida por los moroty. Forma extensos bosques, de propiedad de los hù, como todo lo existente en la fértil sierra. Si los cristianos pueden actualmente comerciar con ella, es porque un enviado del Ibag (Cielo) hizo cierto día un milagro, convirtiéndola de mortífero vegetal en árbol apto para la alimentación del hombre, pero deben aquéllos «comprarla» á sus dueños los aba-hù.

Si tal no hiciesen los hombres blancos de las llanuras, aña los castigaría alzando sobre ellos una legión de teyû yagua guaçu (serpientes) de ojos y lenguas de fuego. Sin embargo, á la *caá* debe el indio su desgracia.

También desde esa fecha, y con autorización del «celestial enviado», los moradores de las caáguy pudieron ultrapasar sus dominios visitando los alegres valles sin miedo al iracundo guarací, aunque obligados á acatar lo establecido por Túpa en lo referente á vivir en las selvas.

El «milagro» fué el siguiente:

III

«Cuando los santos (túpa boyá) andaban por el mundo» llegó uno de éstos (1) á la sierra donde están los yerbales. Tenía hambre y sed, y un papagayo que observó la aflicción del peregrino, indicóle el sitio donde hallaría seres humanos que podrían socorrerlo.

Era un *toldo* de guaraníes. Allí se encaminó el cuitado, apoyándose en su rústico báculo y llevando á cuestas un burdo saco donde cargaba las limosnas de

(1) Santo Tomás para unos; para otros San Bartolomé. Algunos indígenas atribuyen á Túpa-cí (la Virgen) este prodigio.



NUEVA POMERARIA (*Oceania*).—Joven indígena de Bahía Blanca

Reproducción de fotografía. (Pág. 34)

los buenos. Su aspecto dulce y bondadoso cautivó en seguida á los habitantes del *toldo*.

La presencia de un aba-moroty en aquel lugar hubiera despertado el furor de los aba-hû, si este hombre no fuese un enviado del Cielo. Una voz secreta decía-les quién era él; y con veneración, de hinojos sobre la alfombra de grama, esperaron que hablase.

Imploró con humildad el extranjero la caridad de los indios, y fué socorrido inmediatamente. Hiciéronle sentar sobre limpia estera de *pîri*, brindándole agua sabrosa del ibura (manantial) y los frutos más exquisitos del bosque.

—¡Que Tûpa os devuelva centuplicado el bien que me acabáis de hacer! dijo el Santo antes de retirarse para seguir su viaje, y quisiera dejaros recuerdo duradero de mi visita á esta apartada región. Pedidme algo, y prometo complaceros inmediatamente.

Miráronse los aba-hû, y tras una pequeña vacilación, exclamaron á una voz:

—¡Caá... Caá!

Adivinó el peregrino lo que querían. Aquellos inmensos bosques encerraban un árbol venenoso: la yerba mate, que se extendía en dilatadísima zona y que de

padres á hijos se decía ser la planta favorita de aña y guarida en la noche misteriosa de los *mbae* y *taub*, fantasmas pavorosos de las selvas.

—Tostad á la calor de la lumbre sus hojas, y la que es hoy letal yerba convertiráse, mezclada al agua, en vuestra bebida predilecta. Aña no más desde ahora podrá hacer mortífero su aromático jugo. Pero, os prevengo también que al concederos la merced que acabáis de pedirme, os expongo á grandes males para el futuro: *caá* venenosa no despierta la codicia de nadie; transformada en una planta útil para el alimento de los hombres, estos bosques vírgenes donde ella crece serán asolados mañana por los moroty, que se enriquecerán á costa vuestra, aunque os compren el derecho de su usufructo.

Dijo el Santo, y desapareció ante los asombrados guaraníes. Han corrido los años. Ellos siguen respetando la voluntad del Criador, pero los hombres blancos de las llanuras arrasan los bosques de sus abuelos, y seguirán arrasándolos hasta que el último caaiguá se extinga con el postrer árbol del delicioso *caá*, allá en su humilde toldo de blanca enea, llorando su perdido señorío.

ORIOI SOLÉ RODRÍGUEZ.



TIPOS AINOS. (Pág. 40)

AÑO DE 1900

LA HUÉRFANA

M. BOURDÓN

(Continuación)

Estaba en su habitación rodeada de baúles y libros. Tenía sobre una silla dos retratos al lápiz, el de su padre y el de su madre, que no quería dejar á nadie, pareciéndole que, recuerdo de tiempos mejores, la consolarían en sus penas y sostendrían en sus buenas determinaciones. Cerca guardaba también la carpeta en que su hermanita escribía, y estos efectos eran la pacotilla con que marchaba á probar fortuna en otro hemisferio.

Alzaba la mano de la costura, cuando llamaron á la puerta del cuarto, y una Hermana le entregó una carta con el timbre de San-Pol. Su contenido era:

«Mi buena Teresa: Espero que esta carta te encontrará en Francia, y si quieres seguir mi parecer, suspenderás tus preparativos de marcha y no saldrás del patrio suelo, lo cual me causará gran satisfacción.

«Tu tía D.^a Clementina Delaroche, vieja ya, necesita de alguien que vele por su casa, dirija á sus criadas y cuide de ella. No puede continuar entregada á sirvientes; y creo que el cargo de ama de llaves ó de encargada del manejo de la casa te será para ti más útil y agradable que el largo viaje á ignotas regiones.

«Doña Clementina te invita á venir á su casa y te ofrece asistencia, comida, habitación y cuatrocientos francos anuales. Hubiera yo deseado condiciones más amplias; pero la buena anciana está aferrada á sus antiguas costumbres, y creo que aceptarás aunque el salario sea muy escaso. No te prometo muchas distracciones ni fiestas alegres en la sociedad de una anciana melancólica, pero estarás en una situación decorosa, y nadie sabe lo que te reserva el porvenir.

«Te remito, pues, la cantidad necesaria para el viaje, y aquí te aguarda tu amigo y servidor,

«A. Mesnil.»

Teresa leyó y releyó la carta, y deseando comunicar su emoción, corrió en busca de la Superiora, y la dijo:

—Leed, Madre mía.

La Superiora leyó aquellos renglones, que decían el porvenir de su pupila, y levantando al cielo sus ojos tranquilos y amantes la dijo:

—Es la Providencia de Dios.

—¿Lo creéis así, Madre mía? ¡Grande es mi gratitud! ¡Y tanto que temía ir á América!

—Dios ha visto la repugnancia con que su hija iba á expatriarse, y ha movido los corazones y las voluntades de otros para conducirla á casa de una parienta. ¡Bueno es el Padre que en el cielo tenemos!

—Sí, señora, es el mejor de los padres; nunca abandona á los hijos que imploran auxilio.

—¿Conoces á tu tía?

—No, señora; he oído hablar de ella, y creo no es excesiva su amabilidad; pero procuraré agradarla y cumplir mis obligaciones.

—Sí, hija mía, sufre por Dios, y espera segura la recompensa. No extrañes las contrariedades que te aguarden en tu nueva casa, acordándote de que la cruz nos espera en todas partes. Ten mucha paciencia, y no olvides que, suceda lo que suceda, esta casa estará siempre abierta para ti.

Teresa la abrazó, y dijo con voz conmovida:

—Pero tengo que dejaros. ¡Que vaya á San-Pol, en lugar de ir á la Martinica, siempre tenemos que separarnos! ¡Si mi tía fuese bondadosa é indulgente como vos!

—Lo que has recibido aquí vas á darlo allá. Dios te prepara en casa de tu tía deberes que cumplir y méritos que contraer. Sé fiel al Eterno Padre y El te bendecirá.

IV



TERESA tomó la diligencia hasta la ciudad de Arrás, y allí trasladose al carruaje que iba á San Pol. En este vehículo halló un labrador, hombre franco y comunicativo, que se dirigía al mismo pueblo.

—Señorita, la dijo, ¿vais á Pernes?

—No; voy á San-Pol.

—Allá voy yo todos los años, á entregar el arrendamiento de una granja perteneciente á una vieja señora muy exigente y gustosa de cobrar al contado sus pingües rentas. La Sra. Delaroche no es muy amable con sus colonos.

—¿Delaroche? dijo Teresa.

—¿La conocéis?

—Es mi tía, y voy á verla.

El labrador se echó á reír, y dijo:

—Imprudente fui, y recuerdo haber oído á mi padre que la lengua podía causarme serios disgustos; pero supongamos que nada dije, ¿verdad, señorita?

—Os prometo, contestó sonriendo, no decir á mi tía que un colono se ha quejado de ella.

—Tenéis aspecto de buena joven, y si en ocasión oportuna podéis hacer algo en mi favor, yo, el tío Gaspar, lo agradeceré y os regalaré barquillos de canela.

Cuantos iban en el carruaje rieron tal promesa, y el labrador continuó charlando y mezclando entre sus expresiones algunas poco encomiásticas para la Sra. Delaroche. Teresa le oía en silencio, y de lo dicho por el colono dedujo que su tía Clementina no era franca ni generosa.

Al llegar en San-Pol aumentaron sus temores. Cuando en el patio de una posada paró el carruaje, acercóse un hombre, y dijo:

—¿Viene ahí la Srta. Teresa Delaroche?

—Aquí estoy.

—El Sr. Mesnil me ha enviado para que lleve el equipaje y sirva de guía. No pudo venir personalmente como deseaba, porque un negocio urgente le obligó á salir de la población.

Teresa se despidió de sus compañeros de viaje, y se puso en camino, siguiendo á aquel hombre. Recorrieron varias calles tortuosas y sombrías, hasta que su conductor se paró, diciendo:

—Ya estamos en casa.

Y llamando á la puerta poco tardó una criada en abrirla. Después de atravesar un patio y dos habitaciones, entró Teresa en el comedor, donde la esperaba su tía. No celebró su llegada con alegres exclamaciones, abrazos ú otras afectuosas demostraciones. La tía, que jugaba sola con una baraja, dejó las cartas, quitóse los anteojos, y dirigiendo á Teresa una mirada escudriñadora que la obligó á bajar los ojos, la dijo con suavidad:

—Bien venida seas, hija mía. ¿Ha sido feliz el viaje?

—Sí, señora, á Dios gracias.

—Pero es largo y vendrás cansada.

—En efecto, vengo muy fatigada.

—Pues bien; vas á cenar y á acostarte: mañana hablaremos.

Y llamando á la nueva cocinera le mandó servir la cena, que fué muy frugal. Teresa comió poco, y su tía, observando la mucha fatiga, la dijo:

—Te caes de sueño, hija. Anda á acostarte, y buenas noches.

—Buenas noches, tía. Perdonadme: ¡estoy tan cansada!

La criada acompañó á Teresa siguiendo salas y corredores al cuarto que le estaba destinado. Le dejó el farolillo con que alumbraba, y volvióse á tuestas. Teresa no examinó el dormitorio: hizo de rodillas sus oraciones, y metiéndose en la cama quedó profundamente dormida.

V



HABÍA salido el sol, cuando despertó Teresa. Examinó inmediatamente su habitación, que en nada se parecía á la celda que ocupaba en el convento, porque era grande, con buenas luces y amueblada de extravagante manera; pero en vano buscó con su mirada los objetos de piedad propios de un dormitorio, como el Crucifijo y la imagen de la Virgen, que ella reverente saludaba al despertar. Entristeciola la falta de una devota Imagen que sostuviera su atención y estimulase su fe. Acabadas las preces, acercóse á la ventana, y alzando la cortina la sorprendió agradablemente el paisaje encantador; los campos cubiertos de fresca hierba, limitados por bosques gigantes á los que ceñía en el último confín del horizonte la línea azulada del mar. Agradeció al Señor la hermosa perspectiva que alegraba su nuevo aposento. Acabó de vestirse, y ligera y alegre dirigióse á saludar la anciana tía.

—Buenos días, niña, ¿has descansado? Vamos á desayunarnos: café y tostadas nos esperan en la mesa.

Acabado el desayuno, Teresa y su tía sentáronse junto al fuego, y ésta preguntó:

—¿Te ha explicado el Sr. Mesnil lo que debes hacer en mi casa?

—Sí, señora; algo me dijo: pero le agradeceré quiera V. manifestarme todas mis obligaciones.

—Es lo que voy á hacer. Conservo bien mis facultades intelectuales, pero no mis piernas. Necesito, pues, que me sustituyas en varias cosas; que veles por mí en la cocina, en la despensa, en la bodega y en la leñera. No me gusta el despilfarro; y tú debes saber que las criadas acostumbran no preocuparse por los intereses de sus amos. Escribirás cartas que yo firmaré, y como esto te ocupará poco tiempo, podrás emplear el restante en alguna labor. ¿Sabes zurcir?

Teresa contestó afirmativamente; y su tía le dijo que tenía varias servilletas en pésimo estado: que podría arreglarlas, y mientras trabajaba explicarle qué había hecho después de la muerte de su padre.

Teresa obedeció, y mientras preparaba su costura, refirió sencillamente cuanto le había ocurrido desde el día triste en que huérfana y pobre vióse de todos despreciada, olvidada; describió con natural sentimiento su triste soledad, la acogida cariñosa que le dispensaron las buenas Madres del Retiro, y su proyecto de abandonar la patria. Al acabar la triste relación tenía los ojos llenos de lágrimas. La tía escuchó atenta, sin mostrar simpatía ni tristeza y luego la dijo:

—En efecto; la vida es algo triste para las jóvenes pobres. Lo sé por experiencia. Todos los caminos parecen cerrados, porque nada se puede alcanzar sin dinero. El dinero es la palanca omnipotente que todo lo mueve, y el que no lo tiene es un desdichado mortal.

Calló breve rato y luego sacudiendo la cabeza continuó:

—Páreceme no te criaron entre mimos y halagos, y que te encontrarás bien aquí. No esperes

diversiones, porque mi vida es monótona en extremo. No soy rica, y debo ser económica; pero viviremos tranquilas, y de ti únicamente dependerá acompañarme hasta que muera...

Quizás debía Teresa contestar alguna frase de agradecimiento; pero era sincera, y la frialdad de su tía la hizo mucho daño. Conoció que para aquella mujer era una persona útil querida sólo por su utilidad, y guardó silencio, diciéndose á sí misma:

—No podré amar á mi tía, pero cumpliré mi deber.

Siguieron trabajando, y cerca de medio día dijo la señora Delaroche:

—Ve á la cocina y di á Juana que no ponga en la salsa huevos ni limón, pues son muy caros.

Teresa fué mal recibida por la cocinera, que burló el recado, y añadió se marcharía si le impedían hacer la salsa con sus naturales ingredientes. Volvió Teresa á la sala, y antes de explicar lo sucedido entró el Sr. Mesnil, quien dijo venía á saludar á la hija de su antiguo amigo. Para Teresa fué esta visita alegre rayo de sol que templaba aquella atmósfera helada, y regocijóla el amable trato del honrado procurador y la oferta que le hizo.

—El domingo, dijo, vendré con mi mujer y mis niñas. Todos desean conocerte.

Como traía dinero á la Sra. Delaroche, Teresa fué á buscar en otra habitación papel y tintero, y al quedar solos el procurador y la anciana la dijo con cierta severidad:

—¿Sólo tenéis una criada? ¿Pensáis ocupar á vuestra sobrina como doncella ó en otros improperios quehaceres?

—No le obligaré á obras serviles; pero ¿no debe ganar su salario? Recordad, mi querido Mesnil, que no vino para ser servida.

El Sr. Mesnil iba á responder, pero la presencia de Teresa le obligó á callar.

—No turbemos la muchacha, pensó: preferible es la actual situación á la mejor que pudiera esperar en América. Y ¿quién puede prever qué manos recogerán el dinero que traigo?

Hecha la entrega se despidió, y pasó la tarde como había pasado la mañana. La tía examinando sus cuentas, y la sobrina zurciendo servilletas, que habían usado tres generaciones. Llegó la noche: se encendió la lámpara, continuó el trabajo, cenaron frugalmente, y antes de acostarse, Teresa armándose de todo su valor dijo á su tía:

—Querida tía, ¿me permitirá todas las mañanas asistir al Santo Sacrificio?

—La tía levantó la cabeza, fijó en Teresa una mirada penetrante, y preguntó:

—¿Eres devota?

—No pretendo merecer tan honroso nombre; pero acostumbro oír Misa diariamente, y la privación sería para mí una pena.

—Bien, irás. Esto no me incomoda, que si me incomodara te lo diría. Juana, cuando vaya al mercado, te acompañará.

Teresa le dió las gracias y se retiró á su cuarto. Allí se dejó caer en una silla y llorando dijo:

—¿Podré acomodarme á esta vida triste, sin afecto, sin amistad, ni confianza? ¿Padre que-

rido, padre mío, ¿dónde estás que no ves la aflicción de tu hija?

Los días que al descrito sucedieron, fueron en todo iguales á él. Los mismos deberes, las mismas ocupaciones; la tía siempre avara, y la sobrina siempre silenciosa y sumisa. La única ilusión de la Sra. Delaroche era aumentar su caudal, y poseerlo nó para gozarlo, sino para que alegrara el más negro rincón de su arca. El excesivo cuidado de los bienes materiales hizo germinar en su alma una total desconfianza del género humano; de tal modo, que un buen consejo, una atención amable y hasta el cumplimiento de cuanto manda la urbanidad, bastaban para prevenirla contra las personas que así la trataban, creyendo que su atención y amabilidad eran el manto hipócrita con que cubrían sus perjudiciales intenciones. Y sus palabras y manera de ser mostraban aquella desconfianza que siempre la atormentaban, y parecían evidenciar que en su alma no cabían la compasión ni la santa caridad. Aunque no hubiese abjurado la fe cristiana y conservase ciertas prácticas exteriores, al verla fría é indiferente á cuanto no fuera dinero, interés, recordábanse las palabras de San Juan: *El que no ama está muerto*. Todo amor era extraño á aquella mujer: el amor de Dios es muy elevado y sobrenatural para un corazón donde reina la avaricia, y es demasiado sublime para un alma enteramente egoísta el amor al prójimo.

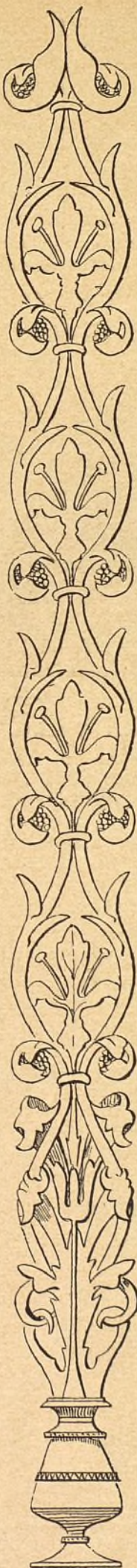
Teresa vivía oprimida y triste en esta casa donde se ocultaban riquezas inmensas, y añoraba la pobre mansión de su padre, conocida de todos los indigentes, pues en ella encontraban el pedido socorro, y de los amigos, á quienes se recibía con afecto exento de prevenciones. Al ver la manera de ser de su tía, poseedora de gran caudal, aprendía á despreciar y á temer las riquezas.

El domingo fué para ella un día feliz. Por la mañana la asistencia á la parroquia, donde se cantó la Misa mayor, y por la tarde la visita de la señora Mesnil acompañada de sus hijas: ocupó dulcemente el día, y dió gracias á Dios por el agradable solaz que le había proporcionado.

VI

MESSES hacía que Teresa estaba en aquella casa, y trabajando, gozando al nacer la primavera de las primeras flores que adornaban el jardín, acostumbróse y parecióle más llevadera aquella vida monótona y triste. Procuraba satisfacer las exigencias de su tía, no por obtener una sonrisa de aprobación que nunca alegraba aquella faz rugosa, y sí sólo por el dulce placer del deber cumplido. Su discreción era excelente mediadora entre señora y criada, y su aguja obraba milagros, rejuveneciendo los vestidos y los sombreros de su tía, todos de respetable antigüedad. Así pasaban los días; tristes para Teresa, pues no alegraba su corazón afecto alguno, y lo apenaba el eterno recelar de la anciana, quien rehusaba toda amistad y la sincera respetuosa expresión de familiar franqueza.

(Se continuará).



SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. 6 ptas.
Calisto Martínez Carrasco, de Burgos. 0'75 »

Última carta recibida, que atestigua una vez más la gran aceptación y eficacia del

JARABE ALMERA

Sr. D. PEDRO ALMERA.—Nerja (Málaga), 4 de Julio de 1899.

Muy señor mío y respetable compañero: En mi poder su atenta y el cajoncito con los seis botes del precioso *Jarabe Almera*: doy á V. las más expresivas gracias por su envío, que le agradezco en el alma, y en especial mi hija, que bendice á V. por su preparación.

Puede V. hacer público por todo el mundo y respondo con mi vida que el *Jarabe Almera de clorofosfato cálcico gelatinoso, con ácido fosfórico*, es el medicamento verdad que cura las afecciones óseas y corrige los defectos articulares en poco tiempo. Mi hija es una prueba que no admite duda, y espero probarlo en otros casos de la localidad tan luego como hayan visto el feliz resultado de mi niña.

No sé con qué pagarle este beneficio, pero pido á Dios le ilumine para la invención de otros preparados que hagan competencia á los extranjeros, y curen todas las dolencias para las que hoy no hay medicamento conocido.

Reciba V. sincera expresión de toda mi familia y en particular de su compañero s. s. q. b. s. m.—*Rafael González Ortega*, médico.

FARMACIA ALMERA, XUGLÁ, 21, BARCELONA



IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.

HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera.
Imágenes de talla de todas dimensiones y precios de los más económicos á las clases más artísticas.

ALTARES.—TEMPLETES.—ORATORIOS.
DE ACTUALIDAD.

ESCULTURAS DE SAN JOSÉ.

TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.

120, Paseo de Gracia.—BARCELONA.

Por correo, apartado n.º 189.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

ALENTADOS POR LA FAVORABLE ACOGIDA QUE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES Y LOS DE LA AMÉRICA LATINA han dispensado á la

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

deseando mostrar nuestro agradecimiento y corresponder á la petición de muchos nuevos suscriptores que gustarían completar las notables series de artículos publicados en las «Misiones Católicas», cedemos sólo durante los meses de Febrero y Marzo y á los suscriptores de la citada «Biblioteca» los pocos tomos que del pasado año, donde empiezan las antedichas series de artículos, quedan existentes, al precio de 4 pesetas en Barcelona y 4'75 en provincias, remitiéndolo franco de porte y certificado. Para los no suscriptores el precio es 8 pesetas.

Las colecciones completas de las «Misiones Católicas» (8 tomos conteniendo más de 1,500 grabados) siguen vendiéndose á 55 pesetas.

OBRA NUEVA EN PRENSA

EL PATRIARCA S. JOSÉ ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA

según la V. Madre Sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores.

EL JUBILEO

Instrucciones y prácticas para lucarlo

por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores, doctor en Sagrada Teología.—Contiene cuanto el fiel cristiano necesita saber para aprovechar el Año Santo. Lo adornan numerosos grabados.—Forma un elegante volumen de 300 páginas, y se vende á 1 pta. en rústica, y 1'50 encuadrado en tela. Para los pedidos: *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa los señores Corresponsales de la misma.

NUEVA Y HERMOSA ESTAMPA DE

SAN JOSÉ

á 3 pesetas ciento, y 25 el millar

Librería y Tipografía Católica, Pino, núm. 5, Barcelona.

PARA MARZO

Excelencias del glorioso Patriarca San José.—En 8.º, 15 cént. ejemplar. Por cada diez se dan dos gratis.

El devoto del glorioso Patriarca San José.—En tela, 72 cént. ejemplar.

Visitas á las imágenes de San José.—A 10 cént. ejemplar, 1 peseta docena, y 6 pesetas ciento.

Los Siete Domingos de San José.—30 cént. rústica, y 75 en tela.

Vida de San José.—Un elegante tomo en 4.º con seis láminas, encuadrado en tela y planchas doradas, 5 pesetas.

Flores de Marzo ó obsequios á San José.—Cada hoja contiene la colección de todo el mes, como las tan conocidas de Mayo y Junio, y se venden á 10 cént. la hoja suelta; 25 hojas, 2 ptas.; 50, 3 ptas., y 100, 5 pesetas.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona